

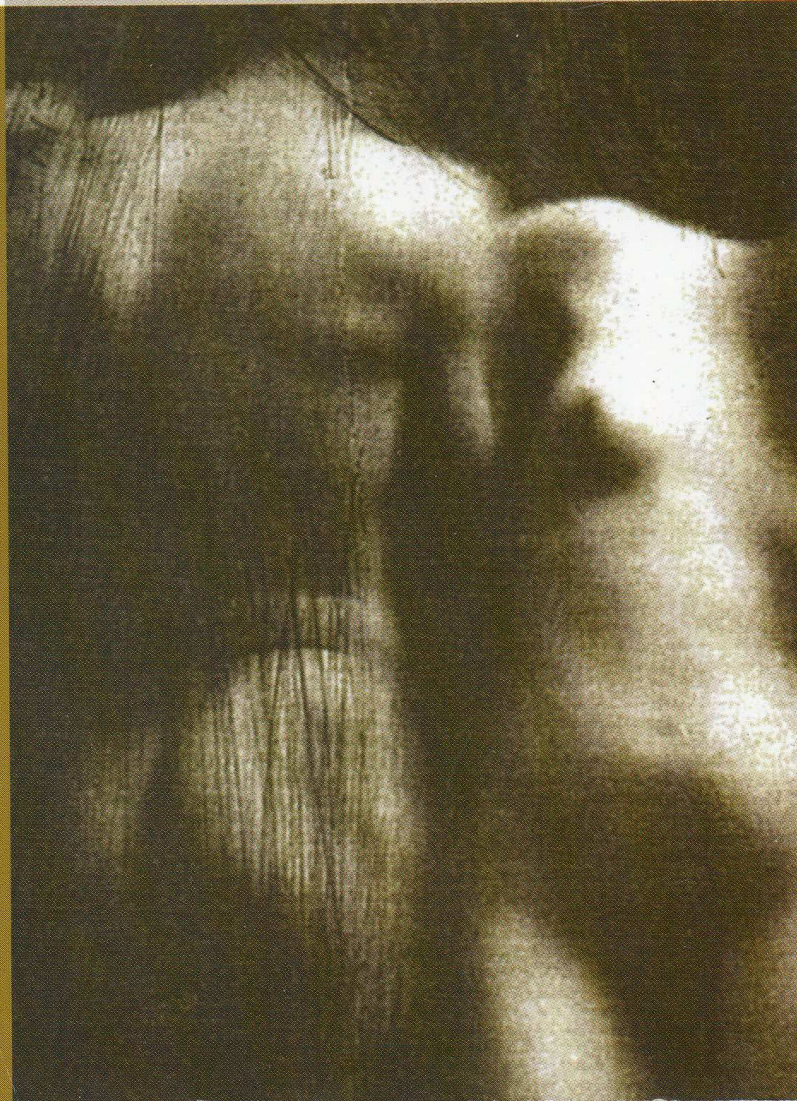
Rafael Cuevas Molina Los rastros de mi deseo

# RAFAEL CUEVAS MOLINA

Los rastros de mi deseo  
*Relato de amor intenso*



COLECCIÓN VIEJA Y NUEVA NARRATIVA COSTARRICENSE N° 69





---

1a. edición: Guatemala, Editorial Cultura, Ministerio de Cultura y Deportes, 2000. Colección *Novela guatemalteca*, Serie Miguel Ángel Asturias, n. 25. 110 pp.

2a. edición: San José, Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, Euned, 2002. Colección *Vieja y nueva narrativa costarricense*, n. 69, 180 pp.

---

## LOS RASTROS DE MI DESEO

-Relato de amor intenso-

Rafael Cuevas Molina

*Dedico este libro a Clara*  
*la bella, la hermosa, la hermética.*  
*A la angustiada Clara, a la Clara feliz, a la*  
*tierna Clara.*

*Suyo es este escrito:*  
*recipiente de mi entrega,*  
*objeto de mi deseo,*  
*(espuma sobre la playa)*

*Eros, siempre victorioso.*

*Eros, tú eres aquel que se abate sobre  
nuestros rebaños y permanece despierto de  
noche  
sobre las frescas mejillas de nuestras donce-  
llas.*

*Tú vagas siempre más allá de las olas  
en las rústicas moradas.*

*Antígona*

## LOS RASTROS INTIMOS

*Esa mujer es una casa secreta.*

*En sus rincones, guarda voces y esconde fantasmas.*

*En las noches de invierno, humea.*

*Quien en ella entra, dicen, nunca más sale.*

*Yo atravieso el hondo foso que la rodea. En esa  
casa seré habitado. En ella me espera el vino que  
me*

*beberá. Muy suavemente golpeo a la puerta, y es-  
pero.*

Eduardo Galeano

-I-

Desde lo de antes, desde el pasado, desde lo que está atrás y se pierde a veces en el olvido, en lo que no está y no se ve, no se piensa, no se tiene, desde ahí venís borradora de soledades, encumbra sobre los hombros de todos los que me vieron en los años deambulantes, cuando sentado en aceras y pretiles de las ciudades descarnadas que frecuenté, con las piernas colgando en el vacío, esperaba poderte encontrar en algún recodo incierto del camino.

Intuida, deseada, esperada, ansiosamente perfilada en la memoria del futuro que todos llevamos en la víscera cordial que nos mantiene vivos, esperando el momento en que nos realicemos como yo en vos gaviota, mariposa, adherencia húmeda al pecho, boca surtidora de aliento, de penetrable calidez en las honduras por las que atraviesa siempre la vida.

Amarrado a tus pezones erectos avancé luego de encontrarte, de haberte imaginado durante años enteros, en tardes abominablemente hermosas, en recodos ventosos y apartados, escondido en alguno de los millones de recovecos que esconde este planeta nuestro en el que sobrevivimos juntos, al final del milenio humoso en el que acezamos tratando de respirar mejores aires que se comparen con el oxígeno que me brindaste al llegar, cuando fijaste tu atención en mí que, aterido, creía que jamás repararías en mis manos o mis lentes que muestran una más de las limitaciones mías que podían alejarte para siempre y hacer que te perdieras en la bruma de alguna esquina de la región lejana en la que nos cruzó la vida.

De ahí provenís, del tiempo sin vos que era mi tiempo. Del espacio vacío al lado mío y de los paseos que hoy veo silentes (aunque tal vez no lo fueran). De esos lares que pierden vigencia por tu no presencia venís, del tiempo que se esfuma porque en él no estás aún para rememorarle y recalcármelo cuando yo lo dejo vagar hacia la cascada insondable del olvido.

Emergés claramente, de improviso. Uno vuelve a ver y, de pronto, estás ahí nítida, dibujada contra los recuerdos oscuros, perfilada exactamente, recortada contra el fondo confuso en el que luchan por sobresalir otras aristas de la memoria, en donde pugnan por ser iluminados, por ser objeto de atención los hechos (palabras, gestos, murmullos, sentimientos) que formaban con vos el mundo. Sos la dadora del sentido, la organizadora de los recuerdos, el imán que atrae lo importante y lo resalta contra el fondo oscuro, la que al atravesar las estancias ilumina los rincones apartados cargados de humedad y olor a encierro.

Cargada de vos la memoria te tiene como centro, como eje sobre el que giran despacio los referentes fundamentales del pasado, los basamentos de la vida. Argamasa cohesiva, cemento que sustenta, pegamento aglutinante, ordenadora del caos, identificadora de las partes dispersas; tu imagen recortada contra la oscuridad permite iluminar entornos, recordarlos, poner en evidencia rostros, nombres, timbres de voz, sonrisas. Por vos adquiere sentido el mundo, tiene un rumbo trazado por tus huellas, puede enrumbarse por la estela que deja tu imagen que se mueve.

Por eso evocarte en el pasado es ordenar el caos que a veces se instaura en mi memoria: sos el hilo que une, el cordón umbilical que comunica el cuerpo del pasado (que se desdibuja en la penumbra) con el goteo cotidiano del presente. Resuenan en vos los ruidos, las risas, las campanas que creía hace ya tiempo perdidas; regresan a través de ti los ecos de las voces que alguna vez fueron familiares, cercanas, conocidas, pero que dejé de escuchar y se perdieron en algún lugar del fluido insondable del tiempo y la memoria. Sos la nave principal del templo en el que canto los himnos que me son gratos. No es a la vida a la que quiero sino a tu estancia y permanencia en ella.



-II-

No sé si asciendo a tu altura o me sumerjo en lo más hondo de tus profundidades húmedas.

Cuando veo cómo ves desde las ventanas verdes por las que atisbás el mundo que nos rodea a ambos, asciendo.

Cuando penetro entre tus membranas húmedas, rosadas, violáceas que rodean el túnel de tu vagina blanda, me sumerjo.

¿De dónde provienen los sonidos que emitís, los murmullos que escucho por la noche y que delatan el mundo de tus sueños al que no tengo acceso? ¿De qué parte tuya provienen? ¿Por cuáles vericuetos que no conozco han pasado esos sonidos que llegan a mí luego que te han conocido por dentro, después que han pasado por los canales de tu aparato respiratorio, por las cuerdas bucales tuyas que nunca conoceré aunque esté siempre contigo, a tu lado, acariciando y besando el cuello en el que se erizan tus vellos rubios del final de la nuca?

Vienen de lo profundo de tu cuerpo, de la parte que no veo ni acaricio nunca, de los socavones internos que se esparcen entre las carnosidades que te rodean y cobijan por dentro siempre tibias, siempre floridas, siempre irrigadas por millones de retículos venosos que yo digo amar cuando te susurro anhelante que te quiero toda, tal como sos, como estás armada y articulada naturalmente.

Desde esas profundidades me habla tu aliento, los sonidos nocturnos de tu digestión, el vaho tibio que envuelve mi sexo cuando respirás sobre él luego de haberlo mojado con la vulva superior que es tu boca, con la parte externa de tu lengua. Es allí en donde recibo parte de los humores que te recorren por dentro poseyéndote antes que yo, llegando mucho más profundo de lo que yo puedo, metiéndose en todos los vericuetos en los que nunca podré bucear aunque necesite penetrar y estar en vos lo más hondamente posible cada día.

Hasta mí llega, desde adentro, tu saliva, la espuma transparente que fluye desde tu garganta, desde las palpitantes glándulas que contraés en los costados de tu boca que beso y me succiona. Como un río manso que se desparrama en la orilla llega hasta mí, a veces, el flujo líquido que secretás sin que a nadie pidás permiso y que repartís a tu gusto y antojo en ejercicio constante de tu albedrío corporal que me ignora y a quien no importo. De adentro viene tu saliva tibia que soplás, a veces, sobre mi pene erecto esparciéndola, hasta dejarlo resplandeciente a la luz escasa de la noche.

Hay un río profundo que circula en los intersticios de tu cuerpo, que riega tu organismo alimentándolo, haciéndolo retoñar con la humedad que reparte en sus orillas. Es un flujo constante que te mantiene viva, autónoma, suficiente en sí misma, independiente de mi vocación de recipiente tuyo, de lecho de tu río. Hay un mundo de túneles, retículas y poros al que no llego nunca y del que sólo escucho un rumor de vez en cuando en el silencio de la noche, cuando ha cesado el tráfico de la ciudad, el ruido de las vecindades, el ronquido de los aparatos eléctricos. Acostado junto a vos despierto en la oscuridad de la ciudad dormida, reclinado sobre mi diestra y sin que notés que te observo oigo el recorrido que hace a través de ti el río, la corriente, el torrente, el flujo incesante, indetenible, constante. Pequeños signos delatan la actividad que contenés aún en sueños: la pulsación de la vena del cuello, el leve temblor de un párpado, la contracción sincopada de una mano.

Yo observo desde afuera los signos externos de ese mundo del que estoy excluido, del que siempre seré externo, ajeno, periférico. Atento, puesto en posición de alerta (agazapado, expectante, tenso), excitado el olfato y el oído, presto a saltar ante el menor indicio velo para ver señales, rastros, pequeñas huellas del mundo interno que solamente intuyo pero no veo: el aire entrando y llenando todo, esparciéndose en los pulmones, acariciando la pleura, los vellos y las membranas nasales; el flujo continuo de la sangre que lame los costados resbalosos de las venas, que inunda las arterias, que cae en cascada en la aurícula derecha y sale aventada como un chorro por el lado opuesto de tu corazón perennemente palpitante; el ir y venir de

las plaquetas, el manso deambular de leucocitos, los glóbulos flotando en el torrente.

En lo profundo de tu vientre hay un lugar que me estaba destinado, un rincón tibio que me corresponde, una esquina en la que puedo guarecerme, en la que puedo ser contenido, guardado, en la que puedo acurrucarme. Sumergido allí podría amarte desde adentro, profunda, íntimamente, enternecido de verte funcionar como un reloj sonoro lleno de ecos, silbidos y retumbos. Desde allí podría acariciarte siempre, a toda hora, en cualquier parte a donde fueras sin que nada traicionara mi afán acariciante en medio del mundo turbulento en que estuvieras. A hurtadillas, sin que nadie tuviera la más mínima sospecha, bucearía en el silencio interno de tu cuerpo, deslizaría mis manos por alfombras membranosas, tubos elásticos, paredes de seda y terciopelo. Pez sumergido, buzo rodeado de agua en los mares tibios del Caribe, medusa flotando bajo la luz cenital sobre el océano.

-III-

He sido sometido a un doble exilio: del lugar en donde estuve sin vos en los primeros años de la vida, allí en donde han sabido matar a mis hermanos, a sus hijos chicos, del lugar en donde tal vez habría florecido aunque no te hubiese conocido nunca. Allí, a ese sitio del que marché signado por el dolor, no vuelvo: en cada esquina están los ojos, las voces, los pasos. Y como sabés, amor, hoy me piden que olvide, que me quite la ropa sucia pringada por la sangre y el lodo del camino. Pero aunque el lodo esté seco y la sangre coagulada empiece a desprenderse de la tela, no puedo convocar al olvido. Se me aglomeran las lágrimas, se me anuda la garganta y el odio se me expande a todo lo que se asocia con el recuerdo de los que están solos en las tumbas que no conozco. Ellos y yo estamos solitarios, exiliados del mundo que nos perteneció y que poco a poco otros han ido destruyendo, desparramando hasta hacerlo irreconocible, irreconstruible; todo ha sido dispersado, repartido, camuflado bajo nuevas formas fuera del alcance de mis ojos, de mi husmeante susceptibilidad ante las huellas que remarcan sobre la existencia de ese mundo en el que estuvimos enteros todos, antes de ser mutilados en las partes más sensibles, en las esquinas más abominablemente dolorosas del alma.

Pero también he sufrido el exilio de tu cuerpo. Siempre en vos seré forastero, pasajero, viajante temporal que se sube y baja, que penetra y sale, que se acerca y parte, que se aproxima y aleja. Jamás he sido parte de tu totalidad, parte del todo, elemento de tu estructura. Nunca me desprendí de vos, de tu cuerpo, de tus entrañas tibias. No fui jamás de lo más puro de tu existencia básica, no fui gestado en tus entrañas, no conocí el lugar arcano en donde se forman los dedos, las uñas, el pelo, el corazón que bombea incansable el líquido vital que alimenta el cuerpo. De vos no supe más que externamente, desde fuera, como aquel que llega y, eventualmente, parte. Nunca me pariste, amor, nunca salí de vos, nunca estuve unido vitalmente por ese cordón mojado y palpitante por el que se transmite la vida. Siempre seré una adherencia, una externidad de la que podrás

prescindir, algún día, si así lo querés, si eso te piden los deseos, las ideas, las palabras, los caprichos que a veces te atacan irremisiblemente y que pueden barrer conmigo que no soy parte vital de tu existencia. Porque vos podés vivir sin mí, sin mis palabras, sin mis caricias, sin mis manos, podés mantener tu integridad aunque yo falte. Autónoma, autárquica, autosuficiente, hermosa podés moverte a tus anchas por el mundo sin esta presencia que crece adherida a tu sombra, a tu voz, a tus piernas.

Siempre seré un marginado de los lugares esenciales en donde transcurre la existencia. De uno me aleja el dolor, del otro el inexorable destino natural al que estoy sometido. A vos te veré navegar flotando sobre tu grupa ancha, elevando los senos al cielo mientras te mece la marea que sube y baja bamboleándote y salpicando la piel rosada bajo el sol. Otras veces te veré vagar por entre el bosque que ya recuerdo aunque aún no lo conozca, en donde a veces los árboles me taparán tu imagen. Siempre en la distancia, siempre muda, siempre ensimismada, vuelta hacia adentro, inescrutable en las conexiones íntimas de tus neuronas femeninas que chispean en la noche de mis ansias de conocerte toda.

Poderosa, sabedora de mi exiliada insuficiencia te tomás el tiempo necesario para soltarme frases siempre equívocas que no permiten desvelar absolutamente nada, dejándome como siempre inerme, desprotegido, anhelante de otras frases, de un murmullo, de algún gesto que me guíe a la comprensión de tus sinuosidades. Arrojado como estoy del paraíso no puedo sino escrutar por las hendidias que dejan las paredes que lo guardan, pegar el oído a los tabiques o a los biombos que lo aíslan, pensar reiteradamente en la forma de abordarlo. Atrás de los obstáculos está Persépolis la bella, Samarkanda, Táshkent (la tantas veces conquistada), Tulán, El Cuzco (en el punto central del universo), de las que sólo escucho los murmullos o veo luzasos pasajeros que apenas permiten intuir el esplendor que se derrama. Lanzado como estoy afuera, mantenido en el perímetro externo del lugar de la riqueza y del placer constantes, no veo sino las murallas que guardan y protegen, los portones infranqueables, las rampas levantadas sobre los fosos atestados de alimañas. De los ríos sagrados (que nacen y terminan tras las fortificaciones) no alcanzo ni



una gota; sus cuencas arboladas, fértiles, ubérrimas, las tengo en el recuerdo, las guardo en la memoria, las mantengo intactas en la voluta más importante del cerebro. Es con su imagen que puedo carburar para salir adelante estando como estoy lanzado fuera, emigrado en el Norte con el ala rota (teniendo al Sur solamente en el recuerdo) y sin haber sido detectado por Tucídides (o Heródoto) con lo que quedo fuera de las crónicas certificadoras de existencia en el futuro. Es la llama del deseo la que me permite rondar perennemente los alrededores desérticos de la ciudad sagrada, la que posibilita que sobreviva sin humedad ni lecho. Es por ella que me puedo mover constantemente en torno (haciendo surcos con los pies sobre la tierra yerma), asediándola con la torpeza que me es característica, y ser un punto detectable desde los torreones vigilantes, no ser perdido de vista, tener una presencia (deleznable pero cierta) en la conciencia cotidiana. Por eso no cejaré de estar presente siempre aunque no pueda acceder al lugar central donde se encuentra el vellocino, el cáliz sagrado, la piedra negra a donde acuden en peregrinación los pueblos menos yo, el exiliado, el arrojado fuera, el lanzado más allá de las murallas, el que no puede traspasar las puertas (ni aún las reservadas para los locos, los mendigos, los deudores y los parias) a pesar de las plegarias, de las ofrendas, de las promesas, de las reiteradas muestras de amor, de fe, de sumisión y entrega. Por el simple hecho de ser detectado como un punto en la raya que separa al cielo de la tierra seguiré insistiendo, machacando, martillando incansablemente en los portones reforzados. No seré, talvez (nunca), la presencia dominante en la bulle vida de la urbe, ni jamás podré ufanarme de tener un sitio listo que me espere en el *atrium* donde se sientan los notables, pero estaré presente siempre, aun cuando los que ocupan esas sillas se hayan ido (por cansancio, muerte o desencanto). Yo seré la gota que orada la roca en donde cae (no el torrente que viene y que se va de prisa), lo que se sabe a ciencia cierta, de lo que no se duda (aunque sea sólo un punto en el horizonte del desierto). No se dudará de mí pues yo seré la única certeza, el único lugar seguro para asirse (aunque sea una débil brizna que se dobla y se desprecia) cuando se detecte lo pasajero de todo, la fatuidad de los oropeles, la vacuidad del pensamiento de los que pasan por los tronos del poder y de la gloria. No pido más por cierto (aunque quisiera), y me conformo con ser esa

figura colindante con la nada, esa alteración del horizonte plano pero que está, segura, siempre.

-IV-

A veces te regalo algo inesperadamente, cosas pequeñas que caben en el cuenco de una mano (abalorios, partes doradas de mecanismos descompuestos, restos de cerámica pintada, papeles con figuras estampadas en colores) y vos cumplís con los rituales del agradecimiento. Pero yo no quiero eso: mi regalo es un chantaje, una dádiva corruptora, un cuchillo ensartado en la carne blanda que se abre. Quiero encontrar la llave de la puerta tras la que te mostrás desnuda, totalmente abierta y sin tapujos. Te regalo tratando de encontrar el lado débil de tu enorme fortaleza. Pruebo con una cosa, luego con otra y escruto en tu mirada para sopesar el efecto producido. A veces parece que lo logro, que por fin abro un resquicio, un pequeño boquete en la muralla que rodea el núcleo central del pensamiento. Entonces decís palabras, frases equívocas y cortas (a veces sólo un murmullo, un susurro o lo que pareciera un tarareo) a las que intento dar sentido para armar una parte de tu universo ideático.

Todo es, sin embargo, en vano, y un lomo aceitoso se me escapa de las manos, se escabulle en el silencio y se pertrecha. No logro quebrar la incorruptibilidad que te protege. Anacoreta desconfiada, con el rabillo del ojo seguís mis movimientos desde el refugio solitario que escogiste. Una muralla vehemente protege tu reducto libertario. Todo en vos puede eventualmente poseerse; a los intersticios más remotos y profundos, a los recovecos internos de tu cuerpo (los que no han conocido nunca el sol que nos alumbra, el viento o las ventiscas que nos barren) podría llegar en algún momento extremo. Sólo el enjambre que bulle en tu cerebro no es susceptible del asalto, de la ocupación de nadie. Allí reinás absoluta, resuelta a no dejar que nadie franquee ninguna de las entradas que llevan a su interior bulle. Nunca conoceré tus más íntimos deseos, las más diáfanos de tus fantasías, los torrentes que te llevan, sola, por lugares remotos y vastos en los que existen nichos, estatuas, imágenes que has colocado expresamente allí para cuando navegás solazándote en tu incólume vocación libertaria.

Por más que te obsequie no lograré mis objetivos. Lo he sabido siempre y he llegado a convencerme de ello. Pero siempre reverdece la esperanza y vuelvo, con el tiempo, a intentar el ritual que me aproxima al sitio sagrado en el que velás los íntimos objetos de la mente. No tengo junto a mí a ninguna Ariadna que me entregue la hebra que me oriente, ni hay una Penélope esperándome al final de la aventura. Desorientado (sin señales que ayuden a moverme entre la bruma), sin nadie que me espere al final del laberinto ni nadie que me acompañe en mis andanzas, invento juegos de azar y triquiñuelas esperando poner las trampas que te atrapen, que abran el boquete que permita filtrarme clandestino en el reducto, pasar al otro lado, romper un trozo de muralla de la ciudad sitiada.

Reís de mis intentos reiterados, esgrimís argumentos que no creo (que no existe tal universo resguardado, que soy yo quien lo construye en mi imaginación enfebrecida), restás importancia a mis entuertos y reiterás que tu mundo es simple, sin alambicados intersticios, sin recovecos, sin mamparas que entorpezcan la visión de lo que pasa; que recibís mis obsequios como muestras del amor que te profesó, como trofeos de niño que obsequia a su madre lo que ha conseguido con esfuerzo y no como chantajes ni como incentivo para ceder, o para que se abran las compuertas de un mundo que no existe, que he sido yo el que lo imagina en la mente elucubrante, obsesivamente preocupada, sembrada con ideas fijas que me llevan a emprender tareas descabelladas como esta de descubrir el más allá de un pensamiento que no existe.

Con los pequeños obsequios en la palma de la mano (objetos con los que pensaba seducirte) voy escuchando los argumentos desgranados, tus razones, las ideas centrales del discurso que me espetás de vez en cuando respecto a la inquisitiva actitud que asumo. Convencido provisionalmente me retiro y cejo en el sitio en el que te tengo confinada. Guardo, sin embargo, para más tarde, las pequeñas dádivas que porto entre las manos.

-V-

Amo entrañablemente tus olores que me embriagan: he olido tus manos tras el trajín de las cebollas, el pelo después del baño, tus pies doloridos que he besado para tratar de mitigar el dolor del uso. He estado anclado por horas a tu sobaco aspirando el olor que despedís desde esa parte del cuerpo, quieto, sin siquiera pestañear para evitar el desalojo de ese lugar en donde trascienden tus olores más profundos. He olido el pliegue de tus muslos en el lugar exacto donde se juntan con la pelvis, la parte de atrás de tus rodillas, los codos, el pabellón de tus orejas chicas y puedo asegurar sin duda que no hay aroma mejor que esos.

Tus olores se riegan en tu entorno, se esparcen anunciando tu presencia, previenen de tu llegada, delatan tus movimientos, informan sobre el nivel de agitación de tu organismo. Son el zumo de tu estado diario, te acompañan mientras atravesás el día: tu olor de mañana después del baño, a la hora del almuerzo, durante la siesta, en los ajetreos de la tarde, traicionando el cansancio del atardecer. Yo sigo la estela de vapores que se extiende detrás de ti, me pierdo en ella, me opaco, me difumino.

Desde que te conozco me recuerdo husmeándote los escondrijos a mi alcance. Primero fueron las mejillas, que era lo que me estaba permitido; luego husmeé detrás de tus orejas, en la nuca, en el sitio donde nacen en vos los cabellos rubios que anticipan la mata abundante del cabello. Más tarde, cuando así lo permitiste, pude olfatear otros sitios a los que desde que te conocí anhelaba llegar con el olfato. Transité entonces por tus manos, las muñecas, el codo, el antebrazo hasta llegar, al fin, al cuenco de tus dos sobacos. De ahí en más pude husmearte el cuerpo entero; no existe espacio que no haya visitado, no hay aroma tuyo que me sea ajeno. Puedo reconocer el olor de cada una de tus más sencillas reacciones, la secreción de tus hormonas, el momento que estás viviendo con sólo volver a ver y olerte, levantando la nariz al viento y sintiendo cómo me penetrás a través de los olores. Así puedo tenerte adentro mío, llenar de vos las entrañas que constantemente te reclaman, que quieren ser poseídas de alguna forma por algo que de vos provenga. Aspiro y sé qué es lo

que me está llegando, de dónde viene la parte que me está llenando. Inundo así mi oscuridad interna, caliento las esquinas frías de mi cuerpo, tranquilizo la vibración que me acongoja. Amor, vaho, vapor, aroma, trino oloroso que aspiro y tengo, apresado, en mis entrañas poseídas por la expansión de tu perfume en mis entrañas, por la circulación de tus humores en mi cuerpo. Retengo lo que de vos me he apropiado hasta que no da más el corazón que me retumba. Exhalo lentamente queriendo retenerte, guardar aunque sea algo, portar conmigo lo que he logrado apropiarme de tu esencia para ver si florece adentro mío el olor marino de tu vulva, la ancestralidad que trasunta tu abertura, algo (vaporizado) de los líquidos germinales que guardás en el cobijo de tu vientre. Tal vez las esporas retoñen en mi tráquea, en los alvéolos que se abren para recibirlas en un ambiente húmedo, penumbroso y tibio como el sitio de donde vienen vaporosas. Así, florecido internamente, podría enredar en las enredaderas mis deseos, bajo helechos gigantescos proteger mi ternura y con calor de invernadero acunar el desamparo en que me encuentro.

Ostra, caracol, madrépora; almeja abierta al sol sobre la playa, jazmín al caer el sol en el verano, tierra que rezuma roturada: tu olor se funde con el resto como en el caos inicial del que proviene (cuando trasuntaban desde el lodo primigenio los vapores modelantes de la vida). Camuflada con el mundo, integrada a los humores invisibles delatores de la vida (al del musgo, al de los naranjos en flor, al de los pinos), presencia invisible que se huele y se adhiere a los objetos colindantes, basta con ventear tu alrededor con los belfos distendidos para conocer la unidad del espacio en que vivimos, las estrechas relaciones de todo lo que existe, para intuir el eslabón que nos corresponde en la cadena de la vida.



-VI-

Colonias extranjeras te habitan, te recorren, te comen, te usufructúan mientras yo, ajeno, sólo te visito a veces, extranjero. Parvadas de seres microscópicos han hecho de vos su casa, su universo, su horizonte conocido. Tu cuerpo es su frontera y te sienten, como yo, de ellos, aunque ignoran por completo mi existencia mientras yo debo admitir el compartirte con ellos que te tienen siempre. Hambrientos te devoran: consentís en portarlos amancebada, en contubernio.

En los túneles húmedos de tu cuerpo se realiza tu utopía, aquella en cuya proclamación te conocí una tarde. No sólo te habitan, sino se apoyan mutuamente para tenerte siempre para todos. Sos manjar, habitáculo compartido, posesión de muchos, saciamiento de sentidos primarios en los que todos participan a la vez gozándote, satisfaciéndose sin importarles qué sentís, qué soñás, qué necesitás en esos trances. Pero te tienen y se satisfacen plenamente en común todos ellos.

Hay marcas que delatan los momentos álgidos de esa convivencia. No es fácil pasar tanto tiempo contigo sin quererte poseer solamente para uno, sin compartirte en un coto cerrado donde no entre nadie, a salvo de otra especie que quiera, también ella, tenerte sólo para sí o, cuando menos, poseerte por un rato. Has estado en estas circunstancias que han dejado sus huellas en tu cuerpo. Son los recuerdos físicos de las aves de presa, de las rapiñas de las que has sido objeto; son cientos de colonias histéricas peleándose por tu cuerpo para ellas, olvidadas por completo de las fuerzas que las contienen permitiéndoles vivir en vos, compartiéndote. Y eso te deja herida, hollada, marcada con signos que se notan en tu cuerpo, que muestran inocultablemente que has sido objeto de disputas, de batallas campales que se han cebado en vos, que has sido presa desprotegida, desamparada, débil ante el embate febril que te han lanzado para devorarte toda, de una vez y para siempre.

Te he visto quedar exhausta después de alguno de esos encuentros en los que yo no he participado. Reposás entonces, repo-

niendo las fuerzas que has perdido, mientras las huestes que te acosan se repliegan hasta que el instinto les marque nuevamente romper las reglas a las que normalmente se atienen. Los dominás siempre porque sabés que tenés, al fin de cuentas, el dominio, la posibilidad femenina de ordenar las cosas que se alteran. Vasta sabiduría ancestral se esconde tras cada uno de tus actos; te la han pasado sin que nadie reparara en que lo hacía; en cada gesto, en todo acto siempre están atrás de ti siglos de respaldo. Por eso siempre obtenés la victoria, el triunfo último que es el que a la postre importa. Has aprendido a defenderse tu estirpe, a buscar la forma de salir avante aún en momentos apremiantes como esos. No hay marabunta alguna que pueda resistir el bagaje que tenés acumulado. Lo transmitís también a quien te sigue, a tus hijas que vienen creciendo y aprendiendo a salir a los lugares donde pululan tales agrupamientos hostiles a vosotras. Es impensable que no sea así, ha sido así siempre, no puede ser de otra forma en el medio sucio en el que crecen. **“Prepárense”** -decís sin que se oiga- **“apérense, agrúpense, protéjense, constrúyanse”**, y atenta vigilás para ver si en verdad te siguen las ideas.

¡Ay amor, cuánto te cuesta al fin de cuentas tanta lucha, tanta batalla a veces cotidiana, tanta constante defensa, tanto calibrar triquiñuelas que te salven, que te aparten de todos los torrentes que corren devastando la tierra en la que crecen tus retoños! A veces te veo desfallecer un poco, ver con nostalgia hacia el lado en donde se pone el sol que nos alumbra. **“La oscuridad también es otro sol”** pensás entonces cansada queriendo, tal vez, abandonar las cosas que tanto te han costado, por las que siempre bregaste, aquellas que te afirman en el mundo. Es entonces que se alistan las manadas bufantes de pequeños bichos que te viven creyendo que, por fin, estás a su disposición, abierta.

Yo estoy con vos en esos trances. En el futuro prepararé las cosas que siempre te han ayudado a superar la suerte adversa que a veces te acosa. Te daré brebajes, esparciré lociones olorosas por tu espalda, inventaré pociones que te permitan retomar el rumbo diario de la vida, pasaré el calor de mi cuerpo hasta tus manos. Yo te daré la fuerza que el cuerpo necesita al salir de la batalla que has librado.

-VII-

A veces te volvés desierto y las dunas se extienden infinitas ante los ojos mientras el sol se refleja en tu lomo desgarnecido. Se- ca, sin agua ni humedad alguna, trato de encontrar donde abreviar pa- ra calmar la angustia que me crea el silencio infinito de tus alrededores. Sopla el viento en torno tuyo. Impertérrita, apenas movés el cuerpo desnudo sobre el que se deslizan las ventiscas. El vello de tu pubis sobresale entre la arena y en él se engarzan algunas de las po- cas briznas que ruedan sobre la superficie áspera del mundo.

Quiero que escuchés lo que digo acerca de tu cuerpo en reposo, pero hay una insondable ausencia que no permite que llegue hasta el lugar en donde entendés las cosas. Así puedo recitarte al oído todo lo que me hace endurecer y crecer al lado tuyo; puedo contarte de mis sueños, de los viajes inconsultos que hago con vos a sitios re- motos donde no existen los atávicos lazos que te atan, llevarte a luga- res en donde no temés mostrar el cuerpo, desflorarte, dejarte crecer sin sonrojarte. Pero el desierto no responde a mis llamados. Ausente total a todos mis deseos reposa manso estirado bajo el sol que lo cal- cina. Desesperado a veces grito, pero casi siempre te susurro las pala- bras al oído. Sé que me escuchaste porque veo contraerse la comisura de tus labios; es entonces cuando creo que por fin he llegado, que arribo a algún lugar en donde seré comprendido en mis anhelos; pero al final no encuentro, no estás en donde deberías según los designios que marcaban las palabras que te he dicho. Te esfumás siempre en uno de los miles de recodos que atinás a poner en el camino y cuando creo que llegamos ya no estás, te has quedado en algún costado y te veo, de nuevo, echada al calcinante sol vuelta desierto.

Muero entonces de calor, de sed, de hambre. Clamo por el pozo que sé que tenés escondido en algún pliegue de la arena y lloro, desconsoladamente, sin saciarme con nada que no sea lo que quiero de vos, seguro de que no escuchás, arropada como estás en la arena caliente que te protege. Entonces puedo hablar por horas, dar rienda

suelta a la esperanza de llegar a tocar el núcleo más duro a donde no he llegado nunca; creo a veces que me aproximo y aliviado duermo. Pero está muy lejos el oasis, el lugar donde podría reposar tranquilo habiendo llegado después de la larga caminata por la arena.

Debería ser un infierno este desierto, un lugar de donde se debe huir, al que nadie llega porque quiere. Pero yo estoy atado a sus arenas, a las sinuosas dunas que tanto amo, al viento que sopla y que te barre el vientre dejándote el ombligo lleno de un polvo dorado que yo lamo, amoroso, escurriendo lentamente mi lengua por sus pliegues que se adentran en vos como en un túnel. El sol reverberante ha tostado tu piel, la ha secado, y yo la recorro con la lengua humedeciéndote, hidratándote, haciendo que se erecten los pequeños vellos de tu vientre que nacen de un poro cada uno. También crecen tus pezones, alturas mayores de la sierra que voy creando con el líquido que secreto sobre cada parte de tu cuerpo rodeándolo, al final, con una tenue capa de humedad que al soplarla te alivia, amor, la resolana. Soplo suavemente sobre tu rostro hermoso, quiero que se descubra tu perfil entre la arena: ver cómo aparecen tus labios, los párpados, la nariz pequeña que tiene un punto café donde termina. Tus cejas anchas, la piel tersa que tanto amo. Soplo, entonces, levemente, con el cuidado que implica esculpir sobre la arena seca un rostro, y tratando de que no se dañe la figura que emerge lentamente, lanzo un chorro de aire apenas perceptible para irte descubriendo. Te veo surgir de a poco, primero el rostro querido, las pequeñas orejas duras, los cabellos blancos de una parte de la frente; después el cuello delgado, largo, endeble y fino que beso cerca de la oreja izquierda. Poco a poco surge el pecho, la parte que protege tu esternón, la tráquea y los dos senos que beso y succiono como un niño pegado a tus pezones deliciosos que, resplandecientes, se erectan como yo a mi vez lo he hecho, y ya no temo que se deshagan en arena ni que te lleve el viento: amarrada estás a mí, pegada, firmemente anclada a mi erección mayor que a vos se debe.

No hay espacio insondable que ya importe, ni mujer calcinada en el desierto, ni pozo profundo al que no llego; todo se olvida después de descubrir tu rostro, tus senos, tus caderas, después que te

aferraste al mástil que te ofrezco, henchido como estoy de tu agua que, al fin, he encontrado.



-VIII-

Te he traído a este lugar de lagos y volcanes, de selvas infinitas y de mares que baten bramantes en las costas. Es un puente este lugar que he escogido, un paso estrecho en el que todo existe en el más precario equilibrio: tiembla el mundo y llegan desde el mar los huracanes que devastan las costas tropicales. En octubre no cesa de llover sobre la tierra que se brota de musgo, líquenes y helechos en cualquier lugar donde se mire. Te he traído a este lugar de mohos que se esparcen sobre la piel ligosa de la tierra, a este ámbito mojado donde florecen las orquídeas en los techos, las gramíneas gigantescas en los parques. Entre la floración perenne de las plantas te he ubicado, bajo un alero protector, tras una puerta de cristal que te protege de la brisa que avienta el agua sobre el piso de madera de las casas.

Es por acá cerca en donde está mi padre en una fosa que aún no he conocido. Vi la tierra -que entonces descubría- desde sus ojos que me marcaban los ángulos de todo. En aquel tiempo yo era chico, no tenía aún mayor discernimiento y estaba él que le daba estatua al mundo. Amor, en un corredor de losas rojas di los primeros pasos por la vida; él me vio entonces caminar trastrabillando como vos y yo vimos después a nuestras hijas; era -lo vi después y lo recuerdo- un espacio ancho con helechos, flores blancas en la esquina, una piedra horadada por la lluvia. Años después todo se ha desperdigado, lo único exacto es la memoria. Hasta la madre despedazó conscientemente su recuerdo: sus libros, las agendas en donde anotaba los pasos diarios de su vida.

Y todo en este estrecho puente a donde te he traído, en donde ves caer la lluvia en la ventana y truena incesantemente todo el año. Ya me eran conocidas las alturas desde donde vomita el planeta sus entrañas; sabía de estos vientos que doblan las palmeras en las costas; comí frutas carnosas en la infancia y vi la tierra desde los volcanes que te asustan. Sabía, pues, de este lugar, lo conocía. Fue donde me crié sin vos, en donde habité el mundo antes que estuviéramos los dos juntos en la tierra. Respiré este aire que hemos visto ahora

juntos transparente y que sabés que me duele en las entrañas. Imagino que las mismas flores y plantas que corté de niño son las que ahora crecen en las tumbas de mis muertos. Por eso te he traído hasta este que es mi cubil primero, el lugar en donde siento que tengo las raíces. Volátiles están, al viento, aireadas en su altura epífita, alimentándose de ese aire circundante. Ahora te amo en este ámbito querido, en donde sé con qué frutos obsequiarte, con cuáles flores engalanar el habitáculo en donde nos movemos ambos. Conozco el canto de los pájaros más bellos: los sinsontes, los guardabarranca, los tiuíus, el sitio donde apacientan los venados y beben agua los tigres de mañana. Sé de los árboles que florecen de amarillo, de rojo, de morado, de los que dan la sombra más frondosa en el verano; son éstos los que planté al frente de tu casa para que refrescaran tu vida en los días calurosos.

Es este el lugar en donde sé que mejor puedo quererte, en donde puede el pavorreal contornear mejor la cola cuando te corteja. Aquí lanzo los gritos estentóreos de esa ave y te obnubilo con el color tornasol de mi plumaje. Orgullosa, sé aquí del mejor lugar para aparearme, para montarte en el momento exacto en que se moja tu entrepierna tibia y sólo aquí interpreto perfectamente, con precisa exactitud, tus gestos, tus gemidos, la succión de tu vagina y la pulsión de las venas de tu cuello.

-IX-

Me he cebado hoy en tus caderas, las he recorrido de parte a parte con la lengua, me he detenido en la hendidura de tus nalgas y he penetrado con ella entre las dos esferas. Te he llenado toda de saliva, te he mojado con el líquido que segregó mi boca y te dejé brillantes los lugares por donde pasé humedeciéndote. He preparado el terreno con la boca, allanado el camino para después quedar contenido en vos hasta la vaina.

Amo tu grupa ancha, la redondez blanda de tus nalgas, el tierno intersticio por donde a veces entro. Desde atrás veo tu espalda estrecha, limpia, los vellos que te nacen desde el canal que se hace en tu columna y que se vuelven abundantes en el cuello. Tomo tus hombros pequeños y acolchados, llevo la mano hacia adelante y la lleno con tus pechos suaves que amaso con los dedos. Después bajo a la cintura estrecha que se ensarta en la cadera amplia. Recorro el pliegue en donde se pegan ambas, en donde se hace la juntura y se evidencia el tamaño de tus ancas.

Así, sobre vos, sobre tu espalda he estado siempre, cargándote mi peso, las vacilaciones que siempre me acompañan, las dudas a las que soy afecto. Sobre tu grupa ancha me apoyo, recuesto el cuerpo y me acomodo. Así te he sentido siempre: dadora, oferente, pendiente de mis gestos como ahora, cuando te monto por detrás y te penetro. Enganchados como siempre estamos, juntos, unidos, pegados, penetrados; envuelto estoy por vos en este túnel apretado, cálido y protector que busco para envolverme y desaparecer del mundo. Aferrado resuello sobre tu espalda, digo cosas que me provocan la curvatura amada de tus nalgas y dejo que el vaivén me lleve hasta vaciar en vos lo que ya no retengo. Te dejo llena, mojada. Portás millones de signos y señales míos que no hacen nada en mí, sólo en tu vientre. Produzco un líquido viscoso que sólo en vos adquiere su sentido. No tiene más fin que saturarte, rebalsarte y dejar que decidás por su destino que resbala impregnándose a tu

cuerpo interno. Allí lo cobijás y lo guardás en algún cóncavo rincón para que aguarde. Sos quien decide, quien tiene la palabra. Cientos de veces lo has hecho ya con los efluvios que dejo ir hacia vos cuando me excito. Mano líquido vital, escupo todo lo que ya no puedo soportar adentro y riego tu jardín carnosos que no veo pero siento y exploro ciego, sólo palpando, alisando pliegues, horadando.

-X-

Lo único que quiero es quedar en vos, no ser parte del olvido nunca, estar siempre en tu presente. Obsesionado, transformo el mundo que nos circunda a ambos y no cejo en mi intento por dejar mis huellas a tu lado. Supongo que es difícil entender que lo único que quiero es trascenderme para quedar para siempre en vos. Aunque no esté. Cada letra que escribo es para no irme, para arraigarme para siempre al lado tuyo, para cegarte con mi luz y no dejarte ver hacia otra parte cuando no esté más adelante. He visto gente que se ama veinte, treinta, cuarenta años y uno sobrevive al otro mucho tiempo; he visto arrumbarse en el pasado todo lo que parecía incólume al tiempo. Yo quiero estar perennemente, no quiero que carguen tus espaldas otras fiebres, otras ansias, otras historias distintas a las mías.

Mientras yo esté no me preocupa. Podés pastar en otros prados, correr por alamedas extrañas a las mías, sorber del agua que te ofrezca el cuenco de otras manos. Pero ya ido, habiendo partido quiero estar presente. Por eso hago todo lo que hago cada día sin descansar un instante: para quedar de algún modo como árbol, como letra, como hundimiento en la almohada a tu lado. Recorro incansable los caminos más diversos y pongo avisos en las partes más insospechadas, para que abrás las puertas y siempre, en una esquina, esté yo esperándote como antes. Es indefectible, quiero quedar marcado en vos por siempre. No habrá espacio que no recorrás después de mí en donde no esté mi huella y mi presencia.

Nada más que vos me interesa. No vale para mí lo de querer salir de la chatura o de que hay que quedar en la mente de los otros. No me interesa. Nunca pensé en trascender para otros, en estar sobre algún prójimo o en tener más que los demás. Todo lo que interesa en mí es tu memoria, marcarla a hierro para siempre mientras estés sin mí en este mundo. Es todo. No hay nada más que eso en mi angustia de ir y venir, de hacer y deshacer a toda hora. Sos el origen y el fin de lo que hago, la razón que da aliento a esta angustia que me asfixia por estar contigo siempre, sin borrarame.

Con el resto del mundo no me llevo, siempre rechinan los goznes que a él me unen y sabés cómo me cuestan los más mínimos gestos de la vida con los otros. Mi lugar es tu sobaco, tu boca blanda, tus manos que suben y bajan por mi sexo. Ese es el sentido, el sino, la razón que le doy al tránsito que me es dado por el mundo: poner huellas y señales en tu entorno, cercar tu existencia con mis pasos, con las marcas y las heridas que le infrinjo al mundo. Pueblo de rastros el horizonte que abarca tu mirada, grito en los confines desolados para que el eco de mi voz se devuelva a tus oídos algún día y me escuchés, lejano pero cierto, siempre presente, traspasando mi amor y mi deseo el tiempo y el espacio que hoy nos delimita.

-XI-

Afuera hubo un rugido: un bramante torrente se despeñó, cayó el caudal entre los pinos, los abetos, los árboles nativos de los bosques que casi fueron arrasados en toda su vasta extensión de antaño. Como arrugas quedaron grietas tremendas en la tierra devastada; estéril, no se ven sino las piedras y las raíces que otrora estaban enterradas en el suelo. Se ha formado un desierto en los confines mismos de la casa, sopla sobre él el viento, lava la lluvia el humus antaño oloroso que se va, corriente abajo, hasta perderse de vista en lontananza. Con el entorno estéril no puedo seguir mirando hacia afuera y me refugio en mí sin saber cómo salir de esta vitrina.

Fueron años de lluvia torrencial que no amainaba y en ellos se fueron algunos de los que más quería. Sopló con fuerza el viento que dobló los árboles más bellos. Creímos estar a salvo, haber salido incólumes de todo pero no era cierto, estábamos tocados en sitios a donde aún no se puede llegar con gran certeza. A tientas he ido descifrando las huellas que dejaron los años del diluvio, los torrentes, los vientos, las noches sin luz que atravesamos. Cada día palpo un trozo nuevo de mi cuerpo que no conocía antes, alguna aspereza, un raspón, un sitio blando que perdura. A veces llegan ramalazos de momentos, frases, gestos, sonidos que casi no se sabe cuándo sucedieron, cómo se dijeron, quién los hizo, de dónde provenían. Vienen en los diarios, la música, las cosas que dicen los amigos; a veces en el silencio de la tarde. Hay una parte del cerebro siempre atento que no descansa nunca, insomne, alerta ante los más pequeños signos que se muestran.

Por eso es que de vez en cuando me detengo cuando te recorro: algo escuchó mi oído, la brisa trajo un dejo conocido, mi olfato captó un olor ya antes percibido. Es entonces que me parapeto, que busco empezar de nuevo todo, cambiar la forma de mirar las cosas. Quien me conozca ahora no sabrá lo que ha pasado en esos años, el lugar en donde estuvimos vos y yo mientras pasaba la tormenta que asoló por estos lares. Construyo desesperadamente un recodo, una playa silenciosa, un lugar donde ver el sol meterse tras los cerros, un espacio en donde pase de largo la parca por un tiempo. Y allí estás

vos, en el lugar de siempre, incólume conmigo, anclando en un lugar libre de vientos, calmo, azul, saliendo de la noche casi sin memoria, pensando que estuviste en algún lugar oscuro que borraste sin quererlo de tu mente, que olvidaste en un paréntesis que yo quisiera para mí y poder meter allí todos estos años.

A veces te recorro sabiendo que has sobrevivido, que has podido sortear los años grises y que estás aquí en parte mutilada. Hay un trozo negro en la ruta que recorre tu memoria, un tiempo sin luz que no registran tus neuronas y en donde no podés recordar qué sucedía. Yo certifico que es el tiempo en que bajaban los torrentes, cuando tronaba todo en torno a nosotros, cuando se fue parte de mi estirpe. Es ese el tiempo que no ves y no recuerda tu cerebro, el lapso que se borró de tu memoria para que pudiéramos estar hoy aquí en donde estamos recorriéndonos el cuerpo palmo a palmo aunque no estemos del todo enteros, aunque hayamos dejado en el camino partes de nosotros que no sabemos ya dónde se encuentran.

Por eso es que a veces parecemos ciegos tanteando los senderos por donde nos movemos; hay cosas que nunca construimos, que hicimos a un lado, que olvidamos o que nunca supimos que debían formar parte de la vida. Ahora que se ha calmado el viento, parece que va llegando el momento de iniciar el recuento de esos hechos para ver si aún podemos levantar las partes que faltaban. Es ese un lazo más entre nosotros: hemos estado ausentes juntos, han sido atravesados nuestros pechos, aguardamos juntos la alborada. Estuvimos de pie en el mismo sitio, en el lugar justo en donde estaban sucediendo las cosas de ese tiempo. Yo te traje aquí conmigo al rincón del mundo en que pasaba todo: lejano, pobre, olvidado es este sitio en el que estuvimos bregando tantos años. Muchos no saben siquiera que este lugar existe, que está cuajado de volcanes, que lo bañan dos mares al ruido sonoro: **“¿en dónde dice usted que queda todo eso?”** dice la gente cuando alguien menciona el lugar en donde pasaron las cosas que ahora vos borrás de la memoria. Tal vez hemos estado arando en un mar que ni siquiera existe, en el lugar equivocado, en un recodo que no está en ningún mapa. ¿Ha sido todo en vano? ¿Es mejor no recordar como te pasa a vos ahora?



Sólo tu presencia es cierta en estos tiempos en que caen las mamparas que sacan a la luz del día los rostros ordinarios de los que antes fueron semidioses. ¡Qué decepción, amor, verles los rostros expuestos al sol como los de todos los mortales! Y pensar que estuvimos en medio del viento que soplaba pensando que tenían las respuestas a todos los eventos nefastos que estaban sucediendo. Ha llegado el tiempo de la destemplanza, de recorrer los campos yermos en donde antes crecían los árboles inmensos, las plantas trepadoras, los helechos, las orquídeas, y volaban de tarde los quetzales. Les he visto la cara, he escuchado su voz dicha a los atónitos hombres bajos y achinados que vivieron en el triángulo de la muerte de ese tiempo. No podía creerlo ¿eran esos, acaso, a los que habríamos encumbrado nosotros, por los que fuimos mutilados, aquellos que estaban tras las palabras tomadas como sabias?

No me queda más que el parapeto que construyo. ¿Habrá por fin cicatrizado el alma? ¿Tendrá una costra cubriendo las partes que antes eran más sensibles? Quiero gritar pero me sale espuma. Cerco mi entorno de ahora y no puedo dejar que me gane otra cosa que la indiferencia. Del pasado quemado sólo quedás vos a mi lado: es a vos a quien pregunto las cosas que a veces creo que no han podido suceder. Tu voz es la que certifica que yo soy yo, no otro, que es a mí a quien le han pasado las cosas que recuerdo, que nada de lo que ahora me sucede es gratuito.

Los demás no saben sino a medias de todo esto. No hay nadie que sea mi memoria como lo has sido vos en todos estos años. Yo soy vos; sos la certeza de que no he inventado las cosas que lamento y que no es una estratagema lo que ahora me sucede.

-XII-

Nadie ha visto tu cuerpo intacto como yo lo veo. Lo he recorrido como una ciudad que se ama a la que se le visitan los recovecos, los sitios que evocan otros tiempos, las esquinas y los rincones que guardan una memoria propia.

Venís de una ciudad que se derrumba junto a un río inmenso como un mar sucio y frío. En ella he visto grecas magníficas devoradas por la humedad, balcones de metal herrumbroso, ventanas cerradas con tabiques, escaleras maltratadas por el paso del hombre, barandales con tiestos y macetas, arquivitrabes babélicos, columnas dóricas, plafones y vitrales de colores palpitantes, restos de una arquitectura que nunca imaginó que algún día albergaría submundos sucios y pobres de poca luz y espacios umbrosos. Los pisos se derrumban, los balcones llenos de ropa húmeda desaparecen.

La ciudad naufraga dejada a la deriva en la dársena de un puerto casi olvidado al que se le oxidan las grúas, los rieles de los trenes otrora trepidantes, los vanos de las puertas armadas con afán de resistir los siglos de los siglos. En los espacios en donde se derrumban los antiguos capiteles, las decoraciones neoclásicas, las ventanas en donde algún día las muchachas lanzaban al viento los pañuelos, se levantan los nuevos edificios que algún día correrán la suerte que ahora sufren los vetustos sueños. Hoy tu ciudad va camino de convertirse en un Narciso mirándose en el lago vertical de las ventanas.

En medio de esa lenta hecatombe te fotografié siempre sonriendo; estás en el malecón que en esa ciudad llaman la rambla mirando de frente con el mar a tus espaldas; es seguramente enero, el mes en que los vientos se tornan cálidos y cuando todos en tu tierra buscan el sol que ya apenas recordaban. En otra, la ciudad se extiende a tus pies desde la mayor altura posible en esas costas planas en donde nada natural alcanza límites mayores a los cerros más chicos de otras tierras. Sonreís como siempre mientras me ves a mí, que soy quien te deja impresa en el papel que nos tocó en suerte aquel verano del sur de hace ya algunos años. Parecés feliz. Es lo mismo que se siente cuando se te ve en la calle arbolada del barrio en donde

transcurrió tu infancia. Recuerdo vivamente ese momento: pasó un carro lleno de uvas con racimos tardíos, húmedos de lluvia. Era, tal vez, agosto.

En las fotos aparece el exterior que todos miran. Sólo yo conozco la geografía de esa ciudad privada en donde hay, al igual que en la otra, la tuya que recorrimos juntos, dársenas y puertos, torres y ventanas por donde se pueden mirar los espacios íntimos en donde suceden cosas que no se muestran a la luz del día. Soy un mirón que se asoma al interior de esa ciudad privada pero que sólo logra atisbar a través de las hendiduras de las ventanas desquiciadas. Desde allí sigo jadeante el discurrir de los deseos, de las intrigas del corazón, de los amores fallidos y de los goces furtivos de los amantes que se encuentran en lugares esquivos y escondidos. Casi nunca puedo llegar al entorno en donde logro ejercitar estos placeres sordos; antes debo recorrer te, excitarte, levantar la torre de tu clítoris, mojar me los dedos y la lengua con los líquidos lubricantes de tu vagina que se torna brillante como una almeja expuesta al sol de un mediodía de verano. Sólo así me cuelo en esos sitios en los que normalmente has erigido barricadas que defienden la plaza fuerte que esconde los tesoros del subconsciente, de las fantasías, de los deseos rechazados por la luz que te guía diariamente.

Estás de pie en la puerta de tu ciudadela. Los capiteles labrados, los altorrelieves en piedra tallados por manos artesanas que desaparecieron hace siglos sirven de marco a tu actitud escrutadora y desconfiada. Preguntás por las intenciones que llevo, por el por qué de mi interés en recorrer los callejones protegidos detrás de la muralla. Por sobre tu hombro puedo ver la aglomeración urbana que se extiende a tus espaldas protectoras. Hay jolgorio en una esquina por donde pasa una comparsa que te lleva a vos en hombros con el torso que yo adoro completamente desnudo. No sé si veo o sólo intuyo tu rostro en la ventana de una casa desde donde ves furtivamente hacia la calle estrecha y arbolada.

Debo lubricar aún más la torre, frotarla con los dedos de mi mano izquierda para que vayás dejando de a poco esa capacidad que tenés de desconfiar de todo. Así logro que te hagás hacia un costado,

que suavices los rasgos de tu rostro y me dejés pasar y solazarme en las primeras calles, cuando menos, de la ciudad que hasta entonces defendiste. Ya se sabe entonces lo que pasa: acezo y escruto los lugares prohibidos. Como un caleidoscopio se entrecruzan sonidos e imágenes a los que sólo fugazmente logro desvelarles el sentido: ***“¿será así o de otra forma como debo interpretar lo que estoy viendo, lo que escucho, lo que me parece distinguir en algún lado?”*** me digo mientras veo figuras borrosas y murmullos lejanos. Estoy, sin embargo, en el lugar en donde suceden las verdaderas cosas, en donde la realidad adquiere la riqueza más profunda de lo humano. Puedo estar cien años en el mundo y ver la exterioridad de todo lo que me rodea siempre, pero sólo ahora sé lo que ellas significan, la importancia que tienen para alguien, las sensaciones que despiertan, las vinculaciones que se establecen entre ellas. Descubro lados en los que nunca antes había siquiera reparado, se iluminan superficies, adquieren importancia detalles que parecían insignificantes cuando fueron vistos en los linderos externos de ese mundo que guardás celosamente tras las gruesas paredes de la ciudadela. Son sombras, perfiles desdibujados, contornos borrosos, sonidos guturales, resuellos esporádicos, gemidos vagos lo que percibo desde mi puesto de vigía intruso. Pero no puedo aspirar a más que eso, es todo a lo que tengo acceso a pesar de que has bajado la guardia y me has dejado penetrar por un momento en el mundo de lo arcano. Y porque a pesar de todo siempre estás vigilante, aún mientras estás echada a un costado del portalón que he atravesado. Desde allí, reclinada seguís mis pasos husmeantes. Jamás se apaga la insomne luz de tu conciencia.

-XIII-

Te amo con la desesperación de quien se sabe efímero, irremisiblemente pasajero. Soy ávido degustador, neurótico husmeador, incansable seguidor de tus huellas porque sé que estaré poco al lado tuyo. Tengo plazos cortos para cortejarte y no veré llegar el tiempo de la calma contigo. Eso lo vivirás sin estas obsesiones que te persiguen conmigo a todas partes. Por eso hay urgencia en cada uno de mis actos. Debo construir algo que recuerde que estuve aquí en ciertos momentos de la vida. Es una idea fija encarnada en tu persona, una fuerza vital que empuja incesante hacia adelante y que no deja que pare a resollar por un instante. Es este el secreto que no revelaré nunca. Prolongo las noches y los días buscando cobijo en las partes más cálidas del cuerpo. Arrebolado meto las manos entre tus ropas, caliente la punta de mis dedos con el aliento que sale de tu boca y exploro los sitios por donde trasciende hacia afuera el vaho de tus entrañas tibias. Acurrucado hallo descanso un rato, una calma pasajera al desasosiego que carcome las entrañas. Tu mar interior que sube y baja me bambolea sobre tus dos senos. Asido de la boca al pezón izquierdo succiono de él el deseo que me enciende y me eleva hasta el sitio en donde no importa la muerte. Succiono el antídoto contra lo efímero y el olvido. Desde tus senos accedo al río nutricio de la memoria, a las claves que vienen engarzadas en mi esperma; vuelvo desde allí a los sitios primigenios, al lugar de los orígenes, al momento inicial de las cosas. Un mar salado me rodea entonces y me escuece los ojos que lucho por mantener abiertos. Hay un profundo olor a marisma y los sonidos se amortiguan lentamente hasta desaparecer lejanos más allá de las paredes que contienen el sitio en donde me estoy haciendo. Sigo hasta allí los rastros del deseo que nace de la succión frenética del seno.

No es sólo el pezón erecto el que me atrae, es la cadena sin fin que se engarza hasta el lugar en donde se encuentra el horizonte más lejano de la vida. Viajo por túneles interminables, atravieso corrientes turbulentas, acometo la escalada de paredes rosáceas y lucho por estar primero adentro de ti. Siempre peleé por estar dentro, por ser el primero en llegar al lugar en donde recibís y almacenás esperma. Desde ese sitio ignoto ubicado en las entrañas de tu cuerpo venzo

al olvido, a la cambiante dialéctica en que me inscribo, que me acarrea de un lado a otro y que termina, ineluctablemente, en un lugar en donde transitaré sin vos y sin tu cuerpo. Es allí en donde anido sin hacerme más preguntas, en donde puedo al fin descansar, bajar la guardia, distender los belfos que olfatean perennemente el mundo circundante. Gachas ya las orejas, laxos los miembros, me regodeo en el cóncavo cubil que poseés en las entrañas.

Sólo un rayo de luz penetra a través de tu vagina abierta; desde adentro no me importa lo que sucede más allá de esa puerta que me lleva al mundo en donde todo pasa, como yo, tan fugazmente. He llegado al lugar de las certezas últimas, al recodo en donde se puede descansar, hacer la pausa que requiere el alma que se encuentra consigo después de errar de un lado a otro por un mundo seco en donde falta la humedad del útero. Es allí en donde se me revelan cosas, en donde alcanzo a descifrar enigmas, donde encuentro respuesta a las preguntas que me hacía pertinazmente. Es la lucidez de la mañana la que ilumina los ángulos antes borrosos, la que evidencia aspectos en los que nunca antes había reparado. Es una luz matutina que libra al cerebro de la maraña que lo obnubila normalmente. Acá estoy sin el temor a la muerte, sin saberla, sin intuir la siquiera, sin que sea una presencia que me ve con el rabillo de los ojos que no tiene dentro de sus cuencas secas. Acá no existe fugacidad sino certezas: todo se encuentra en donde debe, en el sitio exacto que le corresponde; no preocupa ninguna de las cosas que después, pasado el tiempo, empezarán a obsesionar al cerebro maquinante.

A todo accedo desde la teta de la que mana el manantial de calostro de tu cuerpo. Opaco, colmado de esencias vitalizantes penetra en mi boca, atraviesa la garganta, recorre mi tráquea ansiosa y se esparce en el interior adormeciendo los presagios que me han acompañado siempre. En la fuente sacio el ansia, me vuelvo indulgente con la vida, me congracio conmigo y reencuentro el camino perdido en alguna bifurcación transitada por la noche. Estoy lleno con la parte concedida de tu cuerpo. He recibido parte de los efluvios que arman el acertijo de la vida. Más allá de ellos transita el mundo que se desbaranca conmigo, mientras yo clamo a gritos por un segundo más prendido del pezón izquierdo.

-XIV-

Sos mi patria, lugar en el mundo, territorio de referencia.  
Yo vengo de un no lugar, de un espacio que no existe. Los acentos de mi idioma me delatan: soy de un rincón pobre de la tierra, no hablo el lenguaje de los jefes.

Mi horizonte fue de bosques, de agua salada en movimiento: las gentes con quien vivía no habían pavimentado aún la costra ubérrima del planeta. Había pájaros y monos saltando por las ramas de los árboles inmensos de esos tiempos; mis recuerdos son las crestas arboladas de los cerros, los conos perfectos eructando fuego, las aguas sulfurosas que manaban calientes de la selva. Era un lugar agreste el mío, un sitio en el que pasaban cosas que venían sucediendo desde períodos perdidos en el tiempo; había mucho de inalterado, mucha virginidad, muy poca mano del hombre cambiando lo que rodeaba a la pequeña humanidad que éramos nosotros. Estábamos allí como perdidos, rodeados por lagos, aislados por mares, habitando planicies azotadas por el viento: era un país ajeno a la mirada del resto de los hombres, silencioso, violento, vuelto contra sí mismo, infligiéndose zarpazos, hiriéndose el cuerpo lacerado que sufría.

Habité en muchas y distintas casas; mis vecinos fueron siempre diferentes y dormí con la cabeza viendo al norte a veces, otras hacia el sur o el sudoeste. Todo esto sucedía en una pequeña ciudad gris llena de pocilgas, en donde aprendí a leer y escribir tardíamente. Ocupé años enteros leyendo historietas de la más baja estofa, plagadas de fotografías color sepia en las que le sucedían las más vulgares aventuras a hombres enmascarados que protegían a mujeres de tetas exuberantes y culos catedralicios. Nunca accedí a la literatura de tapa gruesa o, cuando menos, a los libros ilustrados de las editoriales baratas que llegaban a las pocas librerías que también oficiaban de

papelería, juguetería, bazar y venta de cometas en noviembre, mes de los vientos.

En mi infancia creí que ese era el único mundo posible, el centro del universo entero, que todos conocían y se interesaban por lo que ahí pasaba. Creía otras cosas, estaba convencido de ellas; unas eran más ingenuas y otras menos, pero todas harían reír a cualquiera que las escuchara hoy en día. Yo era pequeño entonces, el mundo se me antojaba borroso más allá de los confines de la ciudad en la que habitaba y no sabía que podían existir otras latitudes sin la vegetación que siempre me rodeaba. La mierda de los perros me era normal en las aceras de las calles, los rincones hediondos a orines, los callejones empolvados, el color chillón con que se pintaban las casas, los hombres escupiendo reiteradamente en público.

Había menesteres que me parecían totalmente imprescindibles aunque más tarde caí en cuenta que podían sustituirse fácilmente. Lo importante del caso es que el mundo para mí tenía un centro, un sentido, había un lugar en donde las cosas parecían naturales, donde no había que explicarse mayormente el por qué de lo que estaba sucediendo.

Eso pasó en una sola de mis vidas. En otra mi casa se rodeaba de cafetos florecidos en marzo. Un trillo llevaba a lo alto de una loma que se asomaba a un pueblo de casas centenarias. En diciembre soplaba el viento, era frío y el polvo se elevaba en remolinos por las calles estrechas y desiertas. En otra estuve junto al mar por mucho tiempo. Pescaba mojarras plateadas, pargos de boca colorada, sardinas refulgentes al sol desde barcazas talladas en el tronco de algún árbol milenario. En esa vida crecí cociéndome al sol que asolaba la playa y no salí nunca de las ciénagas que rodeaban el lugar en que habitaba.

Luego dejé esos sitios. No sé exactamente cuál fue la vida abandonada de primero pero se fueron yendo todas poco a poco (esas y otras que no recuento ahora). Haciendo un gran esfuerzo me asocio con aquel que penetra a una mujer marítima en una noche en



que batía el mar a sus espaldas. Para recordar debo hacer un gran esfuerzo; creo que he borrado intencionalmente las huellas que me habían plantado esos hechos en el cuerpo. De pronto me encontré sin patria, que para mí fue como estar al descampado en plena lluvia. Hice varias cosas para no resentir la ausencia; lo primero fue no mencionarla y pedirle al resto de la gente que no hablara en mi presencia de ella. Hubo más trucos que no recuerdo ahora. No exagero al decir que quedé huérfano. Creo que hablo de cosas conocidas para muchos. Hubo un tiempo en que pasó muy frecuentemente esto que ahora narro ante vosotros. Pero yo la tuve a ella a diferencia de los otros que no tuvieron asidero. En ella encontré de nuevo el viento perdido, los recovecos, el remanso de los valles escondidos en medio de las sierras. Fue un lugar conocido al que se llega después de andar vagando un tiempo por tierras a las que uno no está acostumbrado. Su cuerpo echado sobre el lecho se transformó en el punto que se busca en el mapa que se recorre con el dedo. Yo la recorrí a ella con las manos, con los dedos también y con la boca. Incrusté en su vagina mi lengua como una llave que encaja perfecta en la cerradura que abre la puerta de la casa del padre. En el túnel que se encuentra entre sus piernas, en la calle húmeda que conduce al interior de su geografía hallé cobijo para mis congojas de extraviado, de arrojado, de echado del lugar de los orígenes. Fue así como construí mi dependencia del paisaje de ese país que se llama Ella. Después, cuando me marché algún día de su lado por un tiempo, extrañé de inmediato sus olores, sus gustos, el acento con que decía el idioma marginal con que hablábamos y regresé de inmediato a refugiarme, temeroso de perder de nuevo el asidero fundamental que había encontrado en ella. Extrañé también su mano derecha tomando mi sexo ensalivado, la forma que tiene de frotarme mientras me va diciendo cosas al oído, cosas que yo le he dicho que me encienden a su lado. También su boca la extrañé en esas idas de las que hablo, su lengua moviéndose de arriba a abajo y la forma en que gime cuando estamos encajados.

Sólo de ella hablo ahora cuando alguien me pregunta sobre ese lugar en el mundo que es la patria. "**Mi patria** -digo- **es ella**", y lo que describo no son paisajes ni lugares en los que talvez sucedieron cosas que marcaron la vida para siempre. Lo que hago es referirme a ella que es hablar sobre lo cierto, lo cercano, lo cotidiano, lo propio.

La otra, la patria que otrora tuviera yo en el centro de mis certezas no existe; más bien quisiera no tener neurona alguna ocupada en ella. Debe existir algún lugar remoto en donde ni siquiera los mapas la registren: ese es mi sitio.



*LOS RASTROS DE LAS OFRENDAS*

*“Yo vengo a ofrecer*

*mi corazón”*

**Fito Páez**

-I-

No puedo evitar que Clara me habite, que se encuentre establecida en los gestos con que me expreso, en el tono que ha adquirido mi voz después de ella, en las derivaciones del lenguaje con el que digo que la amo.

Sé que no imagina el ser bifronte en que me he convertido; para Clara soy un ser autónomo separado, vindicador de mis deseos, receloso protector de mi autarquía. Pero no soy más que lo que era antes (cuando con mis pies recorrían el mundo sin su presencia) más ella. Hay voces que claman para que me separe, para que reivindique mi voz como distinta, para que establezca claramente las fronteras en donde ella termina y yo empiezo. Creen en la imprescindible necesidad de evitar esa situación de fusión en que me encuentro, en donde yo soy yo y yo soy ella. Al mismo tiempo.

Pero no quiero más que estar totalmente poseído, lleno, inundado, habitado; si aún reconozco mis bordes y los suyos es porque no he podido llegar más lejos, porque he nacido insuficiente para dejarla que llegue más adentro de mí, porque no he podido aprender cómo dejarme poseer total, irrefutablemente, para siempre. Si aún puedo identificar nuestras fronteras es porque su imperio se ha encontrado con resistencias no deseadas por mí.

Clara se expande sin desearlo, sin proponérselo, sin sospechar siquiera de la empresa en la que se encuentra involucrada. Silenciosa y lenta avanza impregnando todas mis membranas, las coyunturas que me tienen en pie, los ligamentos que permiten el movimiento, los músculos que impulsan el desplazamiento de mi cuerpo. Cada voluta del cerebro guarda ya, cuando menos, una señal que se refiere a ella y que titila en la penumbra del cráneo como faro orientador que no se apaga nunca, ni de día ni de noche, ni en la vigilia ni en el sueño. Por eso Clara está presente cuando quiero y cuando no quiero, cuando abro los ojos y cuando los cierro, cuando hablo de la lluvia o del viento o de los pájaros, o cuando me refiero a mí como si existiera en solitario sin ella.

Clara es aroma que ocupa, gas que se expande en las entrañas, líquido que se amolda y llena. Yo no puedo sino ofrecerme como recipiente, como ánfora que recibe el líquido que acompaña a través del desierto, como taza que es llenada con leche. He encontrado el sino buscado, el destino oculto que alguna vez me fue vedado: no soy sino un envase (botella, jarro, frasco, caja, cuerpo) que la contiene a ella como esencia. Me justifico transportándola, acunándola en las entrañas, cargándola conmigo a través del mundo que ella recorre caminando con los pies que yo le ofrezco, que mira con los ojos que le ofrendo, que escucha con el pabellón de la oreja que yo le he regalado.

No busco más habiéndola encontrado: tengo matria, cuna, mesa, techo y leche; silencio por las noches, cobijo bajo el agua de la lluvia. Como paria agradecido recibo los dones que derrama y muestro lo que tengo y que le ofrendo: mis manos, mis pies, la epidermis amarillenta que me cubre, los pelos hirsutos que florecen sobre el cráneo, las uñas para mondar las frutas que desee.

Soy una ofrenda preparada para ella, un regalo acicalado con esmero, un jardín que se riega y se alimenta para agradar a quien pasa por su vera. Por ella he cultivado en mí lo que me expresa, he pulido mi lenguaje, la modulación de las palabras, los gestos que acompañan a la charla y he enriquecido con verbos, sustantivos y adjetivos las frases que antes pronuncié con desparpajo. Acicalado como un niño que parte hacia la fiesta de cumpleaños me he presentado a la puerta tras de la cual se encuentra ella; muchas veces he tocado sin que oiga y en otras sé que no se encuentra. Dejo entonces los regalos más preciados, los que he pasado horas preparando, aquellos que he construido con esmero y que lucen más hermosos a la vista. En papeles escogidos con deleite dejo notas que aluden a mi entrega, a la necesidad de verla, de hablarle, a las urgencias que obran en mí si no la veo. Y luego parto temeroso de que nunca lleguen los presentes, que alguien los recoja mientras ella ignora las dádivas traídas.

Postrado ofrezco lo que tengo. Atento escucho sus deseos. Alerta interpreto sus señales. Clara ventea el mundo, mientras tanto, ajena al estado de vigilia en que me encuentro. Su rostro de perfil, al

viento, se orienta hacia sitios que no veo, explora otras moradas, otras ansias, otras aflicciones que las mías, entretiene la atención con otras gentes. Y mientras tanto yo armo malabares, hago piruetas, emito sonidos estrambóticos para que vuelva hacia mí los ojos.

Soy un rumor al que no presta la atención que yo deseara, una presencia periférica, marginal, lejana que se ve como mancha sin contornos. Pero mi satisfacción mayor está en la dádiva, en la entrega, en el mensaje que doy aunque no escuche, en la preñez en la que estoy de su presencia. Soy un dador perenne, un flujo constante hacia ella, una catarata que golpea insistentemente sobre las rocas impertérritas. Y de allí proviene mi llenura, la pletoriedad de mis sentidos: del contacto continuo con su entorno, con el halo que rodea su existencia, de la posibilidad de estar cerca de su aura. Soy oferente de mí mismo, ofrenda, regalo, obsequio.

-II-

En el centro de todo siempre está la dádiva, el ofrecimiento, la entrega de lo que se tiene, el deseo de darle a Clara lo que se posee, lo que se ha acumulado con esfuerzo, aquello que se lleva como tesoro, a veces como secreto, como bien que se tiene, que ha sido cultivado con esmero, que se ha cuidado (podado, abonado, regado, protegido de insectos y alimañas) y que se da como muestra de lo que espreciado.

Nunca tuve mucho que darle a Clara; tal vez así lo interpretó cuando cierta vez se alejó por un tiempo de mi lado. Todo lo que pude ofrecerle era intangible, imposible de tocar o atesorarse, de cambiarse por bienes en los cuales recostarse o acostarse; no eran prendas para lucir en los momentos indicados ni nada que pudiera acumularse para después canjearse. Lo que di era invisible, inaprensible, etéreo, propio de alguien sin sentido práctico, torpe para la vida cotidiana, sin mucha visión de cómo hacer para agradar a las mujeres, de las cosas que deben regalarse para que ellas se sientan aduladas, queridas, cortejadas.

Reconozco mi torpeza pero también deben reconocerse mis buenas intenciones. Siempre quise entregarme, darme, ofrecerme enteramente. Así abierto como estaba quedé desguarnecido. Ingenuo, creí estar seguro en ese mundo construido; por eso no erigí ningún refugio, torreón o parapeto en donde guarecerme. Hasta donde alcanzaba la vista estaba yo como llanura, liso, sin baches o hendiduras, sin bosques que ocultaran las cosas a la vista. Era sin duda monótono el paisaje, carente de aventura y de entusiasmo. Bastaba adentrarse un poco en los linderos para tener certeza de que se sabía todo, que todo se conocía, que no había más que explorar de esos parajes. Eso era yo abierto al viento, dejando circular la corriente libremente por el llano, tumbado al sol sin protección ninguna.

Ofrecí también, entonces, un cierto desparpajo ante la vida, una actitud sin previsiones al futuro, un desapego a las cosas estables que ofrecen los empleos seguros, por ejemplo, ciertas rutinas asocia-



das a esa vida. Privilegié lo no acumulable en cajas, gavetas, roperos, estancias o alacenas; lo mío era transportable con mi cuerpo, casi que no tenía equipaje para el viaje; alguna vez le dije a Clara lo mucho que apreciaba un cuarto blanco sin aliños, una cama sencilla y una mesa. Sólo eso. Para darle tenía las horas con los libros, los días sin ella en los recodos perdidos que había transitado cuando joven, algunas nostalgias de la infancia, la mano de mi padre diciéndome adiós una mañana desde un auto negro, la memoria de un pueblo junto al cono de un volcán adormilado. Poca cosa tenía yo para ofrecerle. Todo cabía en la palma de una mano, en un tiesto pequeño, en una caja de zapatos, y era liviano y blando y débil.

Eso era yo cuando me decidí a ofrecerle a Clara las cosas más preciadas de mi vida, lo que tenía guardado entre la espalda y el pecho. Seguro como estaba de que ella sabría recibirlo con el mismo primor con que yo lo había construido se lo fui dando poco a poco, como de a sorbos, en pequeños bucheros, en pequeñísimas porciones apenas perceptibles. Ella lo fue tomando así, de a poco, lo fue gustando, paladeando podría yo decir ahora.

También ella me dio sus cosas: lo primero los ojos y el pelo y la cadera (que fue lo primero que atiné a mirarle), todo apenas despuntado, frágil aún, oloroso, en el estado núbil de alguien que apenas sobrepasa los diecisiete años de vivir sobre la tierra. Luego dijo cosas sobre la necesidad que tenía de la cercanía de la piel de quien amaba, de su ciudad junto al mar, de las calles que recorría en el otoño. Añadió una voz que recibí como un regalo, unas manos pequeñas, la forma de estirarse en la mañana después de haber dormido. Me ofreció su confianza, una cierta mirada de mí mismo y se quedó conmigo durante tantos años como yo nunca imaginé que podría retener a nadie. Nadie me había dado tanto antes; era mucho más de lo que podría eventualmente haber pensado que encontraría en algún recodo de la vida.

Ella toda fue el regalo, el ofrecimiento dadivoso que recibí siendo apenas un adolescente. Afortunadamente me di cuenta de lo que se me había conferido, adquirí consciencia pronto de lo que tenía conmigo y lo cuidé con esmero (con el esmero un poco desmañado

de alguien que no tiene más que palabras entre la espalda y el pecho para ofrecerle a otro), lo cobijé como pude con la ternura un poco burda que siempre me ha caracterizado y así arropado lo llevé por los sitios por los que me tocó andar más tarde. Por esos sitios, esos lugares por donde ambos anduvimos, la vida nos tenía deparados escenarios varios, trances, pruebas, arrebatos. Hubo recodos en los que nunca pensamos que algún día habríamos de hacer escala. Pero allí estaban, esperando cautelosos, algunos ocultos en la noche, otros a plena luz del día, como si supieran de antemano que nosotros pasaríamos por ellos, junto a ellos, a través de ellos.

Fue ése otro desprendido obsequio de la vida. Subimos y bajamos, doblamos, nos detuvimos a veces y otras anduvimos hasta caer exhaustos. Recorrimos llanos, estepas, ciudades, lugares en donde hacía mucho que habitábamos nosotros, los hombres, y otros en donde apenas habíamos hollado el suelo. Juntos buscamos en donde pasar noches con lluvia, viento, oscuridad profunda, así como también cuando el sol lo iluminaba todo. Hubo quienes habitaban desde antes esos lugares a donde nosotros llegábamos novatos; y hubo también quienes quisieron que alguno de nosotros se quedara. No estaba escrita tal cosa. Nosotros éramos ofrendas mutuas y lo ofrendado no se traspasa a nadie.

-III-

Clara quiso recorrer el mundo y yo la acompañé gustoso. Durante años construí itinerarios en mi mente, estudié la ruta de los trenes, la capacidad de los hangares, el lugar donde se ubican las posadas. Inquirí sobre la historia de los pueblos, sobre el peso que llevan en la espalda y descubrí los sitios que fundaron, las piedras que labraron tratando de explicarse dónde estaban, quiénes eran, a dónde iban. Ubiqué los ríos, las montañas sagradas, las planicies donde cayeron y se erigieron los imperios. Me atiborré de nombres y de fechas, de intrigas, de ambiciones que cambiaron el rumbo de la vida. Sin haber estado nunca en ellos pude describir paisajes y ciudades, la densidad del aire en el verano, la floración de los frutales, a las mujeres cosechando en el estío.

Sabedor de sus deseos no expresados todavía recorrí las bibliotecas, los claustros (oscuros unos, iluminados otros) de sillas desiguales, de cubículos estrechos vigilados por hombres y mujeres con guardapolvos azules, de estanterías repletas con tomos desgastados alineados en recintos altísimos a los que sólo llegaban, trepando por escaleras añosas, los guardianes de los libros. Allí accedí al conocimiento que me hacía falta para después poder guiarla, solícito, a través del laberinto de los sitios que querría visitar más tarde.

Supe lo que guardaban en su memoria las arenas de las playas griegas, de la profundidad de los pozos del Peloponeso, del momento exacto en que la península egea quedó desnuda sin sus bosques exponiendo las piedras calizas al sol mediterráneo; antes de verlo sabía del color azul de las aguas del Adriático, el nombre de los que cercaron Roma (la ciudad a la que debía llevarla en Ferragosto para que conociera el Circo en donde bajaron el pulgar los patricios aburridos). Antes de que lo hubiera imaginado tenía la certeza de que estaría en Budapest con ella, la ciudad atravesada por el río, con sus calles empedradas desembocando en los puentes monumentales construidos por los imperios centrales de Europa, en Viena la regia, en los palacios que la cercan con fuente como ríos.

Recorrí en avanzada exploratoria las aguas turquesas de la olla del Caribe, los arrecifes en donde pululan los peces más hermosos del planeta, ciudades de palacios desmantelados que vigilan la entrada a las bahías, la boca estrecha de los estuarios, las fortalezas vigilantes de los puertos. Sabedor de sus designios aún ocultos averigüé sobre la potabilidad del agua en los desiertos de altura de los Andes, del lugar donde se compran los boletos para atravesar en tren esos lugares, del colorido de los mercados, de la sequedad del aire, del sabor de las comidas que se ofrecen en las estaciones en que paran a descansar las máquinas. Reconocí más tarde nombres que había visto impresos en esos libros consultados (Tacna, Jujuy, Oruro, Habana, Santiago, Curitiba, Llanquihue, Carchi) y pude recorrer con precisión las calles sabiendo a dónde nos llevaban, de dónde venían, el significado que tenían en el amontonamiento urbano en el que estaban.

Cuando Clara quiso recorrer el mundo (como yo lo había ya supuesto), estaba presto para escucharle decir las cosas que quería. Yo me ofrecí entonces como guía, como baquiano que desbroza la senda en la montaña, como simple atalaya que atisba la playa más allá de la proa de la nave. Iniciamos así el trasiego que habría de llevarnos por los puntos cardinales del planeta, a donde ella quisiera. ¿Qué podía brindar yo si no eran los años viendo ilustraciones en los libros, las horas pasadas frente a los atlas descriptivos, mis divagaciones en torno al por qué habían sucedido cosas que dejaron huella en los lugares visitados?

Nada me era, sin embargo, suficiente. Hubiera querido poder brindarle cosas fuera de mi alcance, espacios íntimos en donde así lo ameritara, acceso a sitios clausurados, el paladeo de las comidas más sofisticadas que yo sabía que existían, el gusto de los vinos escondidos a los ojos en cavas mohosas bajo tierra, ver el amanecer en donde fueron avistadas las tropas de Solimán el otomano. Siempre insuficiente sin poder llegar a lo deseado no pude sino servirle de abridor de brecha. Con un frasco lleno de luciérnagas alumbré lo que podía en derredor de ella mientras más allá, en la espesura, crecía el mundo que había deseado conocer conmigo.

Cargué el equipaje del ser precavido que es Clara, los libros para los días de pausa, toda la ropa posible para enfrentar las veleidades a las que podía exponernos el clima cambiante de este siglo; las lociones, las cremas, los jabones, los pigmentos para el rostro, pequeños adminículos que ayudan a conservar la suavidad de los pies y de las manos.

Quiso acertadamente viajar siempre por tierra, recorrer los campos, las estepas, las montañas, los acantilados; atravesar las ciudades (los centros y sus suburbios), las aldeas modorrientas, los puentes, las puertas y los arcos monumentales. Dijo con acierto que quería poder parar en cualquier parte, decidirse de pronto a visitar lo no previsto, dejar que la embargara el entusiasmo por las cosas y querer quedarse, de pronto, en un recodo no intuido, sorpresivo, lleno, por ejemplo, de estatuas derruidas atacadas por la hierba, o en un lugar en donde no pasara nada, en donde el tiempo pareciera detenido, un sitio no tomado en cuenta por mis libros, abandonado a la crónica tenaz de los escribas, olvidado, tal vez, por todo el mundo.

Así fue, pues, como lo hicimos; encontré en sus deseos los míos que tenía adormilados de tanto estar armando el laberinto de los viajes. Sin ataduras ni itinerarios previos, sin lugares sagrados ni obligaciones de peregrinaje, sin estar compelida a rendir pleitesía a nada, Clara desbarató mi esquema, la rígida tozudez de mi estructura, el estafalario itinerario al que quería someterla a ella cuya ambición era el vuelo, el viento soplándole en el rostro, la furiosa cabalgata por los campos.

Nunca la amé tanto como entonces cuando me impuso mis deseos escondidos, cuando me hizo ver los límites estrechos con los que yo construía las cosas de la vida. Clara me llevó al mundo que yo conocía en los papeles y al que no hubiera llegado sin ella encabritada, deseosa de vivir, resuelta como estaba a moverse sin que nada la atajara. Puso huesos y carne al espíritu transparente y famélico que era todo lo que yo había atinado a construir en todos esos años.

Desde las ventanillas de los trenes pasaba la tierra ante mis ojos, más rauda de lo que jamás había yo imaginado; sin la pausa y el

silencio de los claustros el mundo entraba como luz, como sonido, como lluvia golpeando contra el cuerpo y no quedaba el tiempo que antes tuve de asociar, relacionar, de tratar de entender causas y efectos. No hubo ilustración de libro ni revista, dato de atlas, relación de enciclopedia que pudiera competir en esas circunstancias.

Clara me arrastró en su torbellino entreverando todo lo que yo había ordenado con esmero. No hubo clasificación que resistiera el empujón que le proporcionó su marcha. Yo traté de ordenar un poco, de ofrecerle lo que tanto tiempo trabajé para ella. Y lo logré a medias. Pero ella me dio a mí más que yo a ella al tenerla a mi lado cabalgando el mundo, subiendo y bajando, admirando las luces de la tarde, viendo torres, campanarios, fuentes, baptisterios junto conmigo (que seguía balbuceando datos y continuaba precisando nombres).

La luz bajo la cual vimos los campanarios, las torres de piedra, los muros centenarios, las calles estrechas atiborradas de balcones, las esquinas en donde confluyen las vías tortuosas de las ciudades medievales se la debo a ella que corrigió (sin proponérselo) la visión anémica que yo había construido con esmero y que olvidé de golpe. No quedaron sino retazos que después reconstruí, muy lentamente, a través de los años que siguieron a esos viajes. Sentado como estuve, a veces, en el corredor de la casa que construimos más tarde en la margen este del bosque tropical lluvioso, tuve tiempo de recordar los años en que armé el mundo de papel por donde llevaría a Clara de la mano. Recordé el placer que sentía entonces anticipándome a un viaje que nunca fue como concebí que se haría, el silencio que me permitía vagar sin distracciones, las horas que pasaban sin que siquiera me diera cuenta. Clara no sospechaba nada entonces, no sabía que yo me anticipaba a sus deseos y ya estaba recorriendo el camino que después ella me pediría le mostrara.

Por las noches cuando volvía a encontrarme con ella, cuando la veía en la puerta de la habitación en donde entonces convivíamos (tenía el pelo largo hasta los hombros), llevaba los ojos llenos ya con los recuerdos de lo que después recorreríamos juntos. Cobijado con el calor de la habitación cerrada en medio del invierno, yo desgranaba algunas de las imágenes que se me habían quedado grabadas. Ella es-

cuchaba en silencio (como, por demás, siempre lo ha hecho) mis palabras, y yo dejaba que mi imaginación volara. Tal vez fue allí en donde surgió la inquietud de Clara; tal vez fui yo el que sembró, sin proponérselo, el deseo que más tarde tuvo de salir a recorrer el mundo. Años después, en los tiempos del corredor al margen del bosque tropical que he mencionado, habría de sugerir también otras ideas. Como siempre, ella también escucharía en silencio estas palabras y obraría en consonancia con lo hablado. Serían otras circunstancias, otras las cosas de las cuales le hablaría; sería también otra la actitud de Clara.

-IV-

Durante años le he ofrecido a Clara las verduras y las frutas que acarreo desde los mercados en donde se amontonan ofreciéndose. Recorrí pasillos descubiertos, viejos conventos transformados en sitios de intercambio, plazas soleadas en donde se mostraban a la intemperie los frutos de la tierra. Apiladas en montañas verdes o rojas, amarillas y moradas, arrancadas del lugar en donde recibían la savia vital que les mantenía vivas, las he visto ofrecidas en idiomas y lenguas distintas, con gestos y maneras diversas, transadas con rituales disímiles.

Escabulléndome entre los aromas busqué siempre lo más jugoso, las pulpas más dulces, los tallos más crocantes, los brotes más tiernos para llevárselos a ella. Caminando sobre alfombras de hojas olorosas me he perdido por los vericuetos de las ferias buscando la fresa más roja, la lechuga más fresca, los condimentos exóticos con los que pudiera agradarla al volver cargado y sudoroso a nuestra casa.

Siempre tuve a la mano aditamentos conseguidos para acarrear el pequeño botín que rescato del maremagnum del mercado. Hubo un tiempo en que llenaba bolsas (blancas, flexibles, resistentes) que apenas podía cargar al final de la jornada. Otras veces me hice de pequeños carros que empujaba o halaba a trompicones entre la muchedumbre enfielbrecida. Nunca me han bastado para llevarle todo lo que quisiera ofrecerle; rebalsados los recipientes, desgarradas las bolsas, rotas las ruedas de los carros he tenido que renunciar, a veces, a las más primorosas ofrendas encontradas.

Jornada tras jornada arrastré mis hallazgos hasta la madriguera en donde me esperaba. Al llegar, siempre, lo primero que le di fueron las flores, los crisantemos, las margaritas, las rosas, los jazmines perfumantes, los pequeños ramilletes de violetas, las flores carnosas del trópico húmedo. Mojadas con sus manos, ordenadas, olidas y acariciadas ocuparon los tiestos azules, los botellones verdes, las jarras de peltre que han adornado siempre nuestra casa. Y después he abierto los bultos sobre el suelo para que rodaran las naranjas, las ce-



bollas, las mandarinas y las remolachas, los mangos y las manzanas hasta llegar a su regazo abierto.

Hubo un tiempo en que juntos, con las ventanas abiertas, saludamos la llegada del tomate, de los tallos del cebollino, del jugo de las sandías como una fiesta de fin de año. Exprimíamos con deleite, recuerdo, los cítricos amarillos y hacíamos, majando despacio sus carnes blandas, refrescos de fresa, mermeladas de ciruela, de durazno, de frambuesas. Años más tarde, cuando la mesa de la casa se fue llenando de bullicio, repartimos las frutas que cada uno prefería y que yo buscaba pensando en cada uno, en los gustos de todos, en la sonrisa que brotaría al recibirlas de mis manos. Alrededor de ellas hicimos corro los domingos, nos reunimos a conversar sobre la vida, a planear los años venideros, a intercambiar con los amigos las noticias, los recuerdos, las ilusiones que queríamos concretar en el futuro. Repartí con cariño la fruta picada por Clara, acomodada en escudillas primorosas que trajimos a cuestras desde las fábricas antiguas donde son hechas. Vidriadas, esmaltadas siguiendo cánones antiguos, relucían con los jugos que salían de los gajos de las toronjas, de la carne anaranjada de los melones, de las hilachas deliciosas de los mangos.

Las frutas y las verduras de los sábados, las que voy acarreado poco a poco por las calles, las que acomodo con cariño en los bolsos blancos, las que escojo con esmero bajo el sol inclemente del trópico, las que perseguí por los más escondidos vericuetos bajo las ventiscas de nieve, aquellas que sopeso para palpar la maduración de sus entrañas, de las que intuyo el placer de paladearlas son para Clara, ofrenda para la niña deslumbrada o la mujer madura que me esquivo, gustos para su boca, aromas para su mesa, hojas y flores para los tiestos que dispone por la casa.

-V-

Igual que como hice con las frutas, fui regalando a Clara con el barro modelado: pequeños platillos azules, azucareros primorosamente decorados, jarras para verter en ellas el vino, grandes recipientes preparados para el servicio de las ensaladas, vasos de bordes gruesos e irregulares.

Para encontrar cada una de las ánforas, de los candelabros, de las macetas, de los soles y las lunas que tanto quiere, pregunté de puerta en puerta, inquirí por las mujeres y los hombres más viejos de los pueblos, a veces por familias que eran objeto de escarnio en medio de un mundo que las veía como rémoras, como fósiles vivientes, como testimonio de formas de vida condenadas indefectiblemente a la muerte.

Entre ellos me sentí a gusto, con su ritmo pausado cercano al mío, contándoles las razones del corazón que me llevaban a escoger unos y no otros de los recipientes o los adornos salidos de sus manos. A ellos les pude hablar de las predilecciones de Clara, del deleite que le causa acariciar el barro cocido y esmaltado y de mi alegría cuando le regalo las cosas que le agradan. Con ellos escogí, de rústicos escaparates en donde se encontraban apiladas, pieza a pieza, con la tranquilidad de quien sabe que está haciendo lo que debe, las colecciones con las que Clara soñaba. Las envolvimos una a una con delicadeza, acariciándolas, y las fuimos colocando en las cajas de cartón que yo había conseguido.

Cuando partí, una parte de ellos vino conmigo y yo dejé de mí también algo con ellos. A Clara le di más tarde, abriendo las cajas que había transportado en trenes o en aviones, los trastos y el amor de quienes los habían fabricado. Sentados en el corredor que ve hacia el bosque, a la hora en que los pericos se aposentan en los árboles frutales cercanos a la casa, le fui contando de las horas que pasé conversando sobre ella con gente condenada por los tiempos, de sus voces solidarias, del cariño que le mandaban desde las habitaciones rústicas

donde vivían, desde los marcos descuadrados de sus puertas, desde las ventanas sin cristales de sus casas.

Otras veces fue en tiendas o bazares en donde encontré las cosas que le llevaría a Clara; en patios bordeados de balaustradas de madera vi balancearse colgantes de conchas nacaradas, racimos de campanas, palomas ordenadas en espirales ascendentes, caños de bambú sonoros que chocaban alegres con el viento. Busqué en ellos los sonidos que le llevaran a Clara los recuerdos de las tierras que yo había visitado: el ulular del viento sobre las dunas del desierto, el temblor de las hojas en los árboles del Amazonas, el graznido de las aves cuando atardece sobre las playas blancas del Caribe.

Encontré los sonidos en los lugares más insospechados, en las aldeas más remotas, en las casas más pobres, colgando del alféizar de alguna ventana, balanceándose en un corredor sobre el que soplaba constantemente el viento del océano, acabando de salir de las manos aún entumecidas por el esfuerzo de una anciana. Su sonido se coló en mi oído alerta: los oí antes de verlos, sentí la trepidación del aire, las ondas concéntricas desplazándose en torno mío, el golpe expansivo en el pabellón de mi oreja. Alertado, volví la cabeza hacia el lugar en donde estaban esperándome; nunca dudé un instante cuando supe que había dado con la voz que quería regalarle a Clara y cargué conmigo paquetes que provocaban mi detención en las aduanas, la inquisición de los ministerios del ambiente, la sorna de los machos que guardan las fronteras aéreas y terrestres de los países de la tierra.

Clara ama el barro, las maderas sonoras, las fibras trenzadas, los bejucos hilvanados con el concierto de quien aprende despacio de los padres. No soy más que el emisario que cumple sus deseos, el mensajero que revuelve el mundo tratando de encontrar lo que asemeje a lo pedido, el encargado de revistar lo que existe lejos de donde ella vive. Hasta ella llevo los tesoros que consigo, para ella recorro los caminos, en ella pienso cuando percibo los sonidos, cuando pregunto de puerta en puerta por el lugar en donde aún se cuece el barro. Es su imagen en mi mente la que me guía cuando visto de peregrino y parto, cuando me alejo del corredor en donde ella toma el sol oyendo llegar a los pericos. Son sus gustos los que me hablan: su pla-

cer cuando acaricia la piel de las tamboras, el pelo de las alfombras de alpaca, la lana de los gorros andinos, la bruñida corteza de los mates pamperos. Por eso Clara recorre los caminos conmigo susurrándome al oído lo que quiere, señalándome las sendas que llevan hasta el lugar en donde se halla lo que ansía. Yo escucho, miro y obedezco; no interpreto ni invento ni recreo pues no alcanzo las cotas de sensibilidad de Clara; sólo porto, traslado, protejo lo que indica (mientras viajo y me desplazo) para que llegue intacto al lugar en donde ha de servirme como mapa, brújula, veleta o diccionario. Orientado por ella no vacilo al acercarme, interpreto con justeza, puedo apegarme al canon, aplico disciplinadamente cada paso que ha indicado y acierto. Sé distinguir por ello lo ordinario de lo hermoso, lo hecho con paciencia por las manos de lo que sale de las bandas interminables de las fábricas.

Cargado con bultos, cajas, paquetes, bolsas he recorrido el mundo colectando para ella las reliquias de su culto, los iconos que la alegran, los estandartes de su gusto, las marcas que la definen separándola y uniéndola con otros. Trashumante vuelvo a casa llevando conmigo los signos de la distinción de Clara; yo no hago nada con ellos, no valorizo ni oriento, sólo con ella renuevan su voz originaria, sólo ella ensambla y conecta, sólo ella otorga sentido al caos que le llevo yo en las alforjas; yo transporto un amasijo que ella ordena, enrumba, clarifica, ubica, valora y dispone. Abiertas las petacas, desechos los bultos, rotos los paquetes termina el rol para el que yo estaba predispuesto; es ella la que de ahora en adelante dispondrá del mundo transportado... y yo observaré sus ojos felices que es mi pago.

-VI-

Por iniciativa propia junto para Clara cosas que llegan sin concierto hasta mis manos, pequeñas huellas que dan cuenta de mis movimientos cuando no estoy con ella: billetes de tranvía, el programa de una obra de teatro, la piedra recogida al azar mientras espero el autobús que me llevará a la habitación donde pernocto. Son piezas de la historia que después relataré a Clara en el corredor donde vemos llegar a los pericos, puntos de referencia, anclas de la memoria, excusas para el invento, piedras de toque en el mundo imaginario que construyo.

Antes de contarlas armo las historias en mi mente, reubico elementos, cambio nombres, imagino gestos, recorro de forma diferente los caminos, vuelvo de cabeza el mundo de olores inmundos, de gente estúpida, enfatuada y perversa en que me muevo; borro heridas, ignoro cicatrices, difumino los rasgos negativos del carácter, embellezco los semblantes de los hombres y mujeres que presentaré a Clara en mis relatos. Vivo pensando en la forma en que reinventaré las cosas para entretenerla a mi lado las tardes cuando vuelvo a casa. Y así salen las historias, hilvanadas por el deseo de hacerla feliz, de sentirla atenta a la próxima frase que diga, intrigada con las acciones (y los actos, las palabras, los deseos) de los seres que le he inventado.

Clara no sabe que por ella soporto la rispidez del mundo, la chatura cotidiana, el agobiante parloteo de las cacatúas que me rodean. Urgido como estoy en reinventarle el mundo lo invento para mí mientras lo vivo; atento a la colecta de rastros que señalen los senderos que transito olvido la fatuidad en que me muevo. Quienes se aproximan a mí durante el día no saben que son parte de un tinglado, de un montaje, que conmigo cruzan una puerta que los lleva a vivir en otra parte, a transitar coreografías que yo he montado sólo para Clara. ¿Cómo, si no, le muestro a ella la opacidad en la que vivo, la ordinariez en la que transcurre mi existencia, el precario discurrir de las jornadas, el sórdido lugar en el que paso el día? ¿He de agraviarla (también a ella) con la lisa llanura de la vida, con la insípida relación

de hechos (uno tras de otro) que inconexos conforman el episodio diario?

Antes de encontrarme con Clara reviso los mojonos que guardo en los bolsillos, las señales luminosas que me guían hasta el lugar en donde ella espera por el relato diario. Con ellas en la palma de la mano recorro nuevamente (de atrás para adelante) el espejismo construido, los hilos de la tramoya que he inventado, las pistas que me orientan en el entresijo que deshilvanaré con ella. Mientras Clara llega, se acomoda, resopla, toma un sorbo de agua y deambula un poco por la casa (comprobando el acatamiento de sus órdenes, identificando lapsus ocurridos en su ausencia, testimoniando el orden que quiere que tenga el mundo donde vive), yo ordeno las prendas resuelto a no dejar resquicios en los que pueda colarse alguna incoherencia, presto a limar aristas, asperezas y durezas del relato; viéndolas esparcidas puedo recordar una vez más lo hecho, afinar la estrategia narrativa, esforzarme por llenar los vacíos que deja la memoria endeble que me es propia.

Cuando Clara se acerca, cuando llega a mi lado y se acomoda, luego del ritual de los abrazos, los besos y las caricias propias del encuentro vespertino, sobreviene el silencio que anuncia que se han pasado los escollos que impedían que pudiera desplegar yo mi relato. Ese silencio es una estancia, una sala vacía, una habitación sin muebles en donde nadie se queda, sólo pasa, directo hacia otro lado que es mi voz cayendo despacio hacia su oído. Es entonces cuando empiezo a mostrar lo colectado y una a una van saliendo las cosas guardadas en los bolsillos-alforja de mi ropa.

Clara lleva una alacena-diario en donde guarda los pedazos del mundo exterior que yo le llevo. Con ellos puede reconstruir mi vida (la que invento cada día y que es la verdadera), las largas sesiones en el corredor en donde nos sentamos, los sentimientos, las dudas, las certezas, la alegría y las tristezas que me invaden. Todos los días la veo acomodar en los estantes las cosas que le llevo, abrir y cerrar con candado las puertas del armario; bajo su égida está el recuento de mi vida: ella es depositaria de la crónica veraz de lo que hago, del testimonio material de mi existencia, guardiana de mis pasos, portera

atenta de la entrada a mi pasado. Le he legado el derecho a custodiar el lugar en donde está guardada mi memoria, le he otorgado el rango de vigía, la condición de escolta: duermo guardado por su vigilia insomne.

A salvo, como tengo, por su dedicación, mi historia, puedo dedicar mi tiempo y mi energía, la obsesividad cargosa con la que siempre asumo mis afanes, a lo que considero importante, central, satisfactorio, digno de ser objeto de mi entrega. Es Clara en quien recae, entonces, toda la energía que me ha quedado liberada al no tener que asumir la perentoria custodia de mis rastros. Seguro como estoy de que en la alacena-diario se encuentra a salvo, bien guardado, suficientemente asegurado mi pasado, los restos que hacen cierta la reconstrucción de cada uno de los pasos, la rememoración de lo vivido cada día, maquino las formas de abordarla, de aproximarme, de satisfacerla, de servirla, de continuar siendo foco de su atención como ahora lo soy con las historias.

El diario-alacena es el fortín que me protege: retaguardia segura, bastión inexpugnable, cima inalcanzable, ciudad imbatiblemente amurallada. En ella reposan, seguros, los signos que sólo Clara y yo identificamos, desciframos, damos sentido y asociamos entre ellos; en nosotros están las claves, las contraseñas que permiten orientarse y avanzar, reconstruir ese universo que a quien no sabe le parece un caos, un simple amontonamiento, a lo sumo una colección curiosa. Y de los dos es Clara la que en verdad recuerda; es ella la que me cuenta luego, la que relata, quien reconstruye; yo quien asiento, seguro como estoy de lo que sabe.

Quien me vea recoger a diario las piedras, los papeles, las maderas diminutas o envoltorios no sabe, talvez ni intuye, que con ellos estoy asegurándome la vida, que con ese gesto colector de hormiga estoy cimentándome el futuro. Estoy, también, soldando, reforzando el vínculo hacia Clara que es, al fin de cuentas, lo que importa.

-VII-

Clara ama los pendientes, esos extraños artefactos que adornan las orejas y cuelgan cual badajos junto al cuello, sobre el hombro, adheridos o ensartados al lóbulo suave que ella tiene. Como un imán la atraen, le subvierten itinerarios, le interrumpen pensamientos, desequilibran el presupuesto en el que con esmero pudo armonizar ingreso y gasto.

Puede pasear por horas entre endeble tenderetes en los que brilla la piedra aguamarina, el ámbar, el cobre troquelado, las conchas nacaradas, la pluma tornasol del pavorreal, el barro hecho pequeñas bolas o alargados cilindros. Se detiene en cada puesto, toca lo que recorre con la vista, se ensimisma contemplando engarzamientos, fundiciones, emparejamientos y tejidos, inserciones, tajos, amarres y anudados.

Una y otra vez en forma repetida, reiterada, incansable, prueba cómo le sientan los péndulos, los espejos oscilantes, las pequeñas caracolas. Su entusiasmo genera creciente expectativa entre los mercaderes de los adminículos colgantes; alrededor de ella se van gestando olas de entusiasmo, ondas de expectativa, círculos de excitación y alerta.

Yo recorro con ella el recorrido; escudero, vasallo, guardián, atento detector de sus deseos me muevo detrás de ella entre la gente aprovechando la estela que deja al desplazarse. Sobre sus hombros (a veces de puntillas) miro el repaso que hace con los ojos y las manos, la mirada atenta del que vende, la agitación que se gesta ante las inminentes transacciones. Con dificultad por la posición de retaguardia en que me encuentro, escruto los gestos con los que Clara aprueba, rechaza o se embelesa con cada una de las piezas que calibra. Mentalmente tomo nota de esas señas, las registro, las grabo, las imprimo para después volver (ya sin ella) a transar el precio que he de pagar



por llevarle una, dos, tres piezas que estoy seguro (por haberlo percibido) alegrarán su día, la jornada.

Vestida con los pendientes, portadora de los trofeos que para ella he conseguido, engalanada con el producto de mi caza, con el resultado final de mi acechanza, Clara ordena y reordena su universo de trajes, aromas y colores en función de lo que yo le he regalado. Frente al espejo que pende de la pared del cuarto de la casa en donde duermo, en donde comparto conmigo el lecho, el sueño, la lectura sosegada de la noche, el hojear del diario de mañana, se entrega a un ritual donde imagina a partir de las prendas entregadas.

De las esquinas de la habitación penden racimos (como uvas o guirnaldas). Es ese el lugar en donde tiene el botín, donde guarda el producto de los días de recorrido por las ferias. De allí toma las agujas punzantes que traspasarán sus lóbulos, las máquinas prensátiles que le muerden las orejas, las que la adornan cuando está contenta, las que la visten cuando está desnuda, las que la apoyan cuando seduce. Adorno, traje, bastón, escudo. Hijas dilectas y consentidas. Madre marsupial que las transporta, que las carga cuidadosa y que las luce. Portadora fiel y agradecida. Lugar de realización del trabajo: sus orejas.

Marcado como estoy por ella busco de inmediato con la vista lo que ha decidido portar en cada caso. Así es como sé a qué me enfrento, quién me acompaña, los vericuetos del humor de Clara. No hay detector más fiel de sus humores, de sus estados, de sus vaivenes que yo viendo lo que pende de la parte inferior de sus orejas. Celebro las argollas, por ejemplo (como también las temo), porque anuncian a una Clara seductora; el bambú se asocia a la templanza y hay cierta nostalgia en el ambiente cuando ella decide ponerse aguamarinas. En fin, que no es tan impredecible al fin de cuentas el estado en que se encuentra ella. Afortunado yo que tengo ese sismógrafo, esa parte visible de su alma, esa punta de iceberg donde leo, siempre, algo de lo que le está pasando adentro.

Crece su colección en el rincón del cuarto, aumenta en permanencia el cúmulo de pequeños artefactos, se arma ante mi vista

una estructura entreverada en la que brillan el cobre, la plata, las resinas, en la que se puede adivinar lo que regía en Clara en distintos momentos de su vida. Yo contribuyo, con constancia, a su perenne crecimiento; me aseguro así un vínculo con ella, una senda, un hilo que penetra por su oreja hacia adentro y que retorna a mí diciéndome, relatándome, describiéndome lo que ha encontrado adentro. Por eso el crecimiento del montón me alegra y aporto gustoso cuando puedo haciéndole regalos aparentemente pudorosos, recatados, inofensivos. Son, sin embargo, un caballo troyano que oculta intenciones de conquista, un vientre preñado que guarda las huestes que envío en avanzada, la pica en Flandes que logro colar, sin que se note, a través de las filas defensivas que interpone Clara.

Dedicado hilandero de la urdimbre en la que espero que quede algo de lo que Clara esquiva, evita, protege de mi vista, atento observador de gestos y suspiros, rastreador de huellas intencionalmente borradas, venteador de señales aromáticas difusas, persistente recorredor de pistas falsas: soy el comprador de pendientes que aspira a encontrar el camino hacia el interior de Clara, el vínculo que identifica el eslabón perdido.

-VIII-

Clara me ofrece un espacio, un lugar, una esquina del mundo, un sitio en el que me siento seguro: calienta el lecho, me da de beber leche tibia de mañana, soporta la opacidad de mis deseos, la conflictividad permanente en que me muevo, la ambivalencia con la que a veces expreso lo que pienso. Trae claridad a mis ideas, sabe jerarquizar del caos que yo tengo establecido en la cabeza, escoge lo que tiene algún valor para el futuro y construye, con la paciente tenacidad de las mujeres, un andamiaje en donde apoya los cimientos de lo que empieza.

Clara me da un rincón para esconderme (recovecos, sinuosidades, remansos cálidos y umbríos), su vientre (que engendró una estirpe de mujeres), y los senos manantes de calostro a los que me prendo para aliviar cierta orfandad que siempre me ha acechado. En su mano encajo la mía sudorosa (tal y como son las manos de gente como yo, ansiosa) y he podido usufructuar su abrazo para mí solo durante un período prolongado de la vida. Es también motor, impulso, carburante, hálito vital para gestar ideas, emprender acciones, propiciar involucramientos a los cuales yo soy renuente por la forma timorata con la que enfrento el mundo.

En Clara me apoyo cuando estoy en medio de la gente. Ella me da la fuerza necesaria para aguantar las peroratas, las poses, las risas estridentes, los gestos infatuados, el sonido de los aparatos de radio a transistores. Junto a ella encuentro el apoyo necesario para sobrellevar la hostilidad del mundo que me hostiga siempre, constantemente, en cualquier lugar al que yo acuda; su compañía es pararrayos, parapeto, persiana más allá de la cual el mundo se sofoca en el verano, es esponja absorbente de las malas ondas, papel secante que borra la huella de tinta del pupitre de este alumno acongojado. En ella me escondo, me guarezco y me protejo; por ella puedo esquivar las andanadas de dardos, de punzantes proyectiles, las miradas maliciosas, las frases hirientes, los malos pensamientos, las envidias solapadas, los ofuscamientos gratuitos.

Clara exorciza el entorno limpiándolo de comején y polvo, de malas intenciones; ahuyenta hombres y mujeres eruditos, demasiado sabios a los que sabe que temo y que me opacan; rehuye a los de verbo fácil, a los que pueden hilvanar con soltura las palabras del idioma para que yo no me sienta disminuido con mi vocabulario escaso. Ella conoce la endeblez con la que enfrento el mundo y por eso me protege asumiendo todo como misión, cruzada o tarea imposter-gable. Está poseída de ese destino que le parece manifiesto y que realiza conmigo cada vez que salimos al mundo exterior que me amedrenta. Yo asumo el rol que se me asigna seguro como estoy de que así construyo parte de la felicidad de ambos: la mía porque tengo en donde parapetar mi voz tartamudeante, el sudor de los sobacos, mi imposibilidad de sostener las miradas de los otros, la de ella porque le doy un espacio para realizar su ancestral desbordamiento, su incontenible afán de protección del nido, de los pichones, de las crías que se mueven indefensas en su entorno.

Quien nos ve desde afuera tiene sobradas razones para burlarse, para sonreír del ser apocado que soy yo al lado de ella; de Clara comentan esa actitud que muchos catalogan de imponente, avasallante, imperativa. No faltan los que se compadecen de mí, los que se ponen de mi lado, los que piensan que fue un tropiezo el haberla encontrado y seguir vegetando -dicen- aún con ella. Estos que se consideran a sí mismos solidarios conmigo me invitan a veces a beber a solas, sin ella, a pasear en sitios nocturnos en donde hay mujeres que ellos piensan pueden hacerme olvidar a Clara o, cuando menos, desviar momentáneamente la atención hacia otra parte. He caminado con ellos, tristemente, dejándome llevar para no herirlos, por las calles del centro de la ciudad donde vivimos; hemos entrado a bares penumbrosos en donde apenas se distinguen las sillas y las mesas, la barra en donde se apiñan las mujeres y los hombres cortejantes, en donde apenas se ven reflejos de luz sobre los vasos y las copas. Pero sin Clara ese mundo es totalmente irrelevante, sujeto incluso a la posibilidad de que no exista. Es ella la que le da certeza a todo, la que me asegura que es cierto lo vivido, que es verdad lo que ha pasado. Por eso sin ella no hago más que vivir entre espejismos sin que nada certifique su certeza; me muevo en una realidad equívoca sin Clara, en un laberinto engañoso, sin referentes, sin hilo que me lleve a algu-

na puerta de salida. Yo recorro con ellos los lugares que escogen para exorcizarme de lo que consideran que es la dañina posesión de Clara, sonrío ante sus gracejadas, cuando dicen cosas que pretenden ser sutiles, inteligentes, agudas o punzantes y bebo casi hasta el aturdimiento de lo que ellos me ofrecen dadivosos. Lo he hecho varias veces, a veces tan frecuentemente que me siento en vilo ante tanta ausencia repetida de Clara. Ellos, los presuntos salvadores de mi ente autónomo, creían que por fin reaccionaba. Pero lo único real era mi desmoronamiento interno, mi creciente necesidad de Clara, mi deseo en aumento por correr a donde estaba ella para contarle pormenores de lo que había hecho.

Clara me da entonces un palio, una sombra, me ofrece el vaso de agua que tanto necesito. Sudoroso después del itinerario al que he sido sometido, cansadas las comisuras de los labios ante las sonrisas fingidas, esponjosa la lengua, pastosa la boca por el licor al que he sido tan bondadosamente convidado, retomo el resuello, descanso los pies, limpio el sudor que deja huellas en mi cara. Ella escucha lo que cuento, solícita me busca el rostro para descubrir las contracciones, los pequeños gestos (el arqueado de una ceja, el temblor de una pupila) que a veces dicen más de lo que yo le digo; preocupada me ofrece pócimas calientes endulzadas con miel para calmar los nervios y promete (y eso es en verdad lo que me tranquiliza) que la próxima vez estará conmigo, a mi lado, para que no tenga yo que sonreír cuando no quiero, para que no sea yo el que deba discernir en la apabullante variedad de lo que nos rodea.

*LOS RASTROS ESQUIVOS*

*“El destino nos destroza como si fuéramos de cristal,  
Y nuestros pedazos nunca más vuelven a unirse”*

Abul-Ala al Maari

*“La noche te ha sitiado en casa ajena...”*

Juan Ramón Saravia

*“Por tanto, ¿qué vale un amor  
que de ese modo ha de ser  
vigilado y espiado sin cesar?”*

Fiodor Dostoievski

I-

Veo a Clara en la ventana de la casa que se orienta al sudoeste. Mueve la cabeza lentamente mientras su pelo se mueve con el viento. La mano derecha toma la cortina mientras la izquierda estruja el vestido que la luz de la mañana hace transparente.

Quiero que Clara piense en mí. Sus ojos, sin embargo, delatan que se aleja de mi lado mientras rondo el entorno en que se encuentra. Cuando regrese le hablaré durante horas, iniciaré una más de las sesiones que llegan a durar toda una tarde, largas jornadas de la noche, desmenuzando mi incondicionalidad de amante.

Sospecha, sin embargo, siempre. Soy el macho cabrío que puede repudiarla ante el menor desliz que le sorprenda. Arma entonces laberintos, mapas entreverados, listas de indicaciones contradictorias que llevan siempre al punto en donde sabe que descanso, en donde vuelvo a su regazo, cierro los ojos y duermo.

Apoyo la cabeza sobre sus piernas gruesas y mientras mece mis cabellos lentamente va hilvanando el cuento que ella sabe que quiero que me cuente. Como sabe de todas mis urgencias deja que recorra con mis manos sus caderas, que bese sus pezones, que estruje sus manos con las mías, que respire en el lugar en donde nacen sus cabellos. Y luego me alivia frotándome despacio, mojando sus manos con saliva, dejando deslizar sus dedos por mi sexo para después limpiarme con su blusa que dejo manchada con mi esperma.

Me adentro así en las profundidades del olvido, dejo de lado las sospechas, las preguntas apremiantes, los desvelos por su mirada que se aleja. Manso, domesticado, me deja en el lugar en donde he sido dominado nuevamente, en donde he arrojado por la borda mis preguntas, los requerimientos acuciantes, las dudas que comían mis entrañas. Inerme, despojado de todos los aparatos del combate, arrinconadas mis armas en alguna esquina de la casa, adormecidos mis instintos, recompuesta en el sitial sin mácula que le tengo reservado, Clara puede volver de nuevo al lugar de donde la he sacado, a

las hondonadas donde la pierdo de vista, a la vera del camino por donde transito sin verla.

Una bandada de pericos verdes pasa gritando por la porción de cielo más próximo a la casa que habitamos; es una mancha veloz que se desliza entre los árboles, que gira, sube y baja con una precisión cronometrada. Desde ciertos árboles que prefieren habitar por las mañanas gritan al viento sus graznidos salvajes, triunfantes, felices mientras se muerden entre sí, se arañan, caminan por las ramas viéndose con los ojos estrábicos, casi desorbitados que poseen.

Yo, desde el lugar en donde me ha dejado Clara, no puedo comprender su plenitud salvaje, la premura que tienen por hacer saber que están presentes en el mundo, la impertinencia con que gritan la euforia de su vuelo libre, la alharaca desafiante en que se imbuyen. No necesito más que de un regazo, de unos senos que me larguen calostro cuando siento la intemperie, de la voz de Clara diciéndome las cosas que sabe que me gustan. He acuartelado los instintos, los he mandado a pastar al prado verde en donde engordan, perdí los tendones tensos, los músculos prestos, los ojos nerviosos en vigilia siempre. No se explican mis dedos la forma como se prenden los pericos a las ramas, no encuentro voz para el grito, espacio en el cerebro para desconfiar de todo, no tengo premura por defenderme nunca.



-II-

Hoy Clara amaneció locuaz y yo aprovecho para olvidar mi enojo. Apenas abre los ojos descorre las cortinas de la casa, pone en cruz los brazos para volar, como perico, por encima de los árboles enormes. A través de la bata transparente he visto los pezones rosados que levantan la prenda hacia arriba, como tetillas listas para ser succionadas por alguna jauría que no supiera bien la diferencia entre el hambre y el deseo. Chupeteadas brillarían llenas de saliva rodeadas de lenguas ávidas que le harían entrecerrar los ojos en un gesto indescifrable, maternal y placentero. Clara gorjea a la mañana luminosa. De pie ante mí que aún permanezco cobijado, afianzándose en las piernas muy abiertas, me espeta un discurso matutino sobre la necesidad del ejercicio, la alimentación sana, la vida al aire libre y la importancia de tomarse -a diario- cuando menos una copa de tinto.

Amo a esta Clara desbocada, encabritada, enérgica que pasa como un vendaval de una habitación a otra de la casa. Sigo el rastro del perfume mientras apenas logro verla fugazmente. Detenida en la cocina se ha dado a la tarea de cortar en dos y exprimir naranjas bebiendo el jugo del tarro mismo en donde las destripa. Sorbe a borbollones mientras el líquido resbala por su cuello en donde refulge a la luz de la mañana. Quisiera lamerlo allí como antes he soñado que chupaba la jauría sus pezones pero no hay tiempo para hacerlo: ha salido al corredor que da al jardín para aspirar el aire que le lleva la mañana. Suben y bajan de nuevo sus pechos, las bolas rosadas, almohadilladas que gusto estrujar con mis dos manos.

Desde la casa veo el perfil del cuerpo: las caderas anchas, la cintura y el tórax estrechos, el cuello finísimo, las piernas como columnas. Cada vez que aspira se pone de puntillas y levanta el rostro hacia el cielo junto con los brazos. Sé que adora estos paseos matutinos por la hierba.

Hay, sin embargo, sitios en donde está la tristeza de Clara agazapada, lista para saltar en un momento no previsto. Hablamos entonces largamente tratando de encontrarle el rumbo que parece perdido en algún lado; las ojeras debajo de sus ojos se hacen más profundas y calla, por horas, escuchando distante mis razones. Pero ahora retoza feliz en mi presencia. Es ahora cuando anhelo ser un extraño aplicado a una grieta de la barda que circunda el jardín en donde corre. Viéndole el cuerpo no habría soportado endurecerme ni habría podido evitar los efluvios que acompañan al amor intenso.

No he sido el *voyeur* que la goza en silencio desde algún hueco de la cerca que rodea la casa. He sido otra cosa, el rencoroso sapo que no olvida los ojos distantes de Clara del día anterior por la mañana. Tengo adentro un pozo hediondo que no me deja sentir el aroma que despide Clara correteando por el prado. Repaso cada uno de sus actos, sus gestos, las palabras dichas, las cosas que dice hacer cuando sale de la casa. Cada día me pringa más la ignominia de la duda.

Dudo de Clara, de sus paseos nocturnos que terminan cerca de la medianoche, del deleite que pone acicalándose antes de cada salida, del cuidado con que esparce el perfume por las partes más íntimas del cuerpo. No puedo evitar buscarle los ojos cuando vuelve, encontrar algún rastro de un deseo del cual no he sido yo el destinatario.

No soy el *voyeur* que encuentra placer viendo subir y bajar los senos rosados mientras corre por el jardín que rodea la casa. Soy el *voyeur* de los lugares en donde pueden estar las huellas de la traición de Clara. Hurgo entre sus cosas, en el sitio en donde guarda sus sostenes, las medias de nylon, los recibos de la luz y el agua. Desaforado revuelvo todo maldiciendo la mierda que crece adentro mío y que me ahoga con su fetidez inmundada. Cada nombre, cada número anotado que encuentro me sobresalta y desconcierta, todo se tiñe con los colores oscuros de la duda y de la angustia.

Sólo me calma Clara, su voz ronca que se aproxima y me habla; junto a ella encuentro de nuevo la tranquilidad perdida. Estoy

seguro de haber inventado todo, de tener una mente enferma que no puede dejar de maquinarse cosas sobre el objeto amado. Viéndola correr por el jardín de la casa dejó de sufrir por ese día.

-III-

Las piernas de Clara, blancas, gruesas, suaves, se han llenado de cardenales hacia el centro, en el lugar de la piel que apunta hacia el pubis, en la vía que lleva al punto del deseo.

Desnuda, no puedo evitar ver los hematomas que la marcan delatando una furia que no ha partido nunca de mí. Alguien la ama más intensamente que yo, alguien la signa con un deseo que yo no he podido hacerle conocer nunca. Imagino un gozo de Clara que me es ajeno, en el que no participo, un placer del que ella necesita tal vez más que del que yo le proporciono. Veo sus ojos cerrados asiendo unas manos que no son las mías, que a ella le son familiares y de quien agradece su recorrimiento distinto del mío. Veo cómo las besa, cómo las lame, cómo introduce -como conmigo- su dedo índice en la boca mientras succiona imaginando el pene sobre la lengua y los labios. Oigo los gemidos del hombre y presiento que Clara los extraña cuando está en este ámbito aburrido en que se me antoja que he transformado nuestra casa.

**“Las marcas en las piernas”** -dice Clara- **“se hacen solas”**. Me ve a los ojos y no descubro huella de mentira. Soy un infame. Sus ojos están limpios como siempre. Su voz no se quiebra, no le da importancia alguna a lo que digo, dice sin explicar y no hace sino hacerme sentir más vil.

El pozo no está en sus ojos sino en la duda que pervive a pesar de su voz y de mi asco por la duda. ¿Cómo acertar que son mis manos las que mejor la recorren? Pequeñas y suaves tal vez las quiere grandes, nervudas, duras. ¿Qué inventar para que despierten su deseo? Son pequeñas e inexpertas mis manos, sirven para otras cosas que no son las que yo quiero, que no me son esenciales como me es ella. Con ellas escribo, saludo, acerco al mundo y me lo apropio todo menos ese espacio en el que está ella como centro del deseo. Repudio mis manos, éstas de las que no puedo separarme aunque lo quiera, que no puedo esconder en los bolsillos ni bajo la cobija ni poniéndolas atrás sobre mi espalda. Están allí inútiles, con su memoria pobre que no les permite hacer más que lo que ya conocen, que no saben inventar nuevos trillos, que no saben cómo ajustarse a su cadera de la forma como ella, seguramente, desea que se ajusten cuando estamos juntos.

Soy el orangután que no sabe sino repetir siempre lo mismo aunque las hembras de la manada le ofrezcan sus vulvas coloradas a cualquier hora del día. Desde mi trono de macho desaforado puedo tenerlas a todas pero con cualquiera será lo mismo

siempre porque un solo rastro es el que me marca en cada apareamiento. Algún día aparecerá, en la cresta de los árboles, esparciendo su poderoso olor de macho en celo, otro, y las hembras partirán con él y copularán en cuatro patas como no lo hicieron jamás conmigo. Erguido sobre la rama más alta de la selva muestro el culo multicolor que las llama a la hora de la cópula. Mi pene erecto salpica las hojas tiernas que brotan en mi entorno. Mojado, loco de deseo quiero creer que acudirán de nuevo, en la misma forma como lo hicieron antes. Y vuelven, sí, a enroscarse frente a mí con la vulva escarlata húmeda como antes. Pero hay una luz desconocida en sus pupilas.

Soy el orangután que abre la caja de Pandora.

-IV-

El primer recuerdo de Clara es el aullido de un barco. Las dársenas grises llenas de agua fría recibían a los buques que llegaban a su ciudad navegando a través del Océano Atlántico.

Nacida en otoño, sus padres salieron caminando con ella en brazos entre las hojas muertas que se acumulaban en las veredas de una ciudad con esquinas derruidas que recordaban los tiempos en que brillaban las columnas neoclásicas, los capiteles barrocos, los balcones bauhasianos sobre las avenidas arboladas que desembocan en el puerto donde atracan los barcos. Llevó siempre el mar en las entrañas, el oleaje que iba y venía eternamente todas las horas del día, todas las noches del año.

Si se aspira fuertemente junto a Clara, sobre su cabeza, justo en donde se parte en dos su pelo, llega un inefable olor marino, se oye batir las olas y en sus ojos asoman las dunas que recorrió en bicicleta cuando era aún adolescente.

Fue junto al mar que concibió el único y trunco verso de su vida: ***“Cesa corazón tu furia loca/Potro que galopas y galopas...”***. El único hasta hoy. Sin desearlo he encontrado las letras más bellas que he leído nunca de Clara. Habla de una estrella polar que no conozco, que irradia el norte que ella necesita. Dice querer sus manos, sus gemidos, la forma como le dice que ella es dulce al ladear la cabeza cuando habla. Clara dice no poder vivir sin la huella de su cabeza en la almohada, sin las sábanas verdes que cubren su cama, sin la luz azul que alumbra el baño. Clara desbocada se declara inepta para clasificar los sentimientos, para manejar lo que bulle y la confunde.

Estoy ausente en la más bella relación jamás escrita por Clara. En una esquina del cuarto en donde he descubierto las letras tiemblo azorado, desconcertado como un niño soportando desnudo la tormenta. Vuelvo a ver su cuerpo que yace inerte sobre la cama. Lánguida, duerme la larga y pesada siesta del verano. Por la ventana

abierta entra el viento que bate las cortinas verdes que ambos hemos comprado hace ya más de diez años.

Me es tan familiar en este espacio que no puedo pensarla en otras circunstancias ¿Cómo será el lugar de reunión de los amantes? ¿Habrá acaso flores sobre el mantel de la mesa, sabrá que le gusta el olor de los jazmines y las rosas amarillas? ¿Dejará una luz pequeña encendida en algún rincón lejano del cuarto para que ella mire sin ver mientras recorre el cuerpo al que se entrega? ¿Sabrá lo del incienso, del lugar un poco alejado en donde hay que ponerlo para que no le agobie los sentidos? ¿Le ofrecerá las libaciones que derivan de viejas fórmulas medievales que Clara sorbe poco a poco con deleite?

¿Qué rituales íntimos seguirán ante el acople? ¿Conoce acaso de la sensibilidad de la piel de Clara, la que se eriza con el simple resbalar de la mano, de los puntos intocables de su geografía ubérrima, de los lugares que esconde y de la sensualidad con que abre otros siempre tan escondidos en otras humanidades? ¿Le tomará las manos, las llevará lentamente hacia su sexo para que ella lo acaricie lentamente sobre la ropa mientras siente cómo se hincha el objeto del deseo? ¿O habrá dimensiones que no conozco, que le hace descubrir lentamente sin que yo siquiera imagine que existen? ¿Cómo serán sus ojos en esas circunstancias, los entrecerrará como conmigo, mientras sonrío, endureciendo la lengua entre los labios?

¿Con qué juegos encenderán el deseo, con la charla larga y pausada que aproxima lentamente al centro del alma de cada uno? ¿O será de una forma que ni siquiera intuyo, con fuerza, mostrando desde el principio la semilla y el báculo rojos y mojados, urgentes, palpitantes, dispuestos a encontrarse entre la furia? ¿Esconderá mostrando Clara, se quitará las medias como conmigo, para que pueda recorrerla suavemente hasta llegar, sin llegar, al punto en donde se juntan las piernas? ¿Se mostrará ella de pie, desnuda, sonriente, y caminará frente a él sin dejar que la toque exacerbándole el deseo al rozar sus piernas con su cuerpo? ¿Cuántos de nuestros juegos estarán presentes, cuánto de lo que aprendimos juntos florecerá para otras manos, otros ojos, otra lengua que no sabe los años que nos han costado construir la naturalidad con que ella juega?

¿Cómo se recorrerán con las manos? ¿Apretará él su cuello endeble, le acariciará el lugar en donde nacen los vellos rubios casi imperceptibles? ¿Sentirá mi placer en la rotundez de sus nalgas, en los desbordes superiores de sus piernas? Y ella ¿subirán y bajarán sus manos por su pene, acariciará su escroto, lo besará y morderá mientras él se rebalsa lentamente lubricándole el desliz que casi no permite contenerse?

Clara ha salido a galopar, encabritada, dejándose llevar por el deseo. ¿Piensa acaso en que la espero, en que cuento las horas, los minutos de su ausencia? ¿Sabe acaso de las veces en que salgo a esperarla hasta la esquina tratando de escuchar el rumor de sus pasos que se acercan?

He escuchado los ecos de la ciudad lejana, el aullar de las sirenas, el ladrido de los perros, el viento soplando entre los árboles. ¿Es este el lugar del macho cabrío, la forma como debe aullar ahora el señor de la selva, el cazador de dinosaurios, el vencedor de los ejércitos contrarios? ¿Cómo debo recibirla: afable, comprensivo, cariñoso; ofrecerle tal vez agua para calmar la sed que el amor de otro ha provocado? Dígame alguien, vos, Clara de mi alma, cómo aullar en medio de la noche sin que me tachen de fuera de contexto, sin que provoque sonrisas, sin que haga nacer en vos un rictus de desprecio ¿Puedo preguntar a tu regreso por los aromas que trascienden tu cuerpo, por las andanzas nocturnas, por tus ojos saciados o haré bien callando, tragando para adentro las preguntas que me cierran la garganta y que me ahogan?

Vuelvo a ser un forastero como siempre, un ser que pasa y se atolondra ante la vida sin encontrar las respuestas de las cosas que suceden a su lado. Navego sin mástil, sin vela, sin mascarón de proa que me abra paso ¿Sabe Clara mi deriva, del oleaje que baña mis costados? ¿Le importa a Clara mi naufragio, mis manotazos angustiados en la noche? ¿Erige su clítoris brillante, sus manos húmedas de semen como única razón de sus acciones? ¿Pueden más los gemidos de otra boca que mis sollozos de macho confundido?



Hincado en la esquina del cuarto con el papel descubierto estrujado entre las manos soy bamboleado por el mar que vio nacer a Clara y que se subvierte en contra mío. No veo más la balsa que la lleva mientras ella duerme la siesta del verano.

-V-

Mientras espero a Clara por la noche sueño.

Algo se ha desprendido de una de las dársenas de su infancia y flota a la deriva sin que yo pueda alcanzarla. Sube y baja con las olas; a veces la veo pero después desaparece en algún valle que la oculta a mis ojos. Sopla el viento frío del invierno en esta ciudad que es suya pero que a mí me es desconocida. No tengo cobijo alguno, estoy inerme en el lugar que ella conoce de memoria y mis pies resbalan sobre la superficie ligosa en que me asiento. Nada recuerda aquí las noches calientes de donde provenimos, la entrepierna de Clara mojada con mi semen.

Debo gritar a voz en cuello para encontrar un hilo al cual asirme en medio de la noche. Desesperado corro y resbalo, pateo, grito y escupo espetando un discurso incoherente que sólo en mi interior tiene sentido. Cansado paro y lloro y no me calmo, no hay nada que pueda contener la pudrición que puja por salir como un petardo disparado con furia por mi boca. Soy la cloaca más perdida de este puerto nocturno sobre el cual sopla el viento inclemente del invierno.

Ajado, sucio, desorbitado, hediondo a vómito recorro de madrugada las calles que rodean al puerto. Apenas puedo subir las suaves cuestas que llevan al centro luminoso de la urbe. Cada paso que doy me aleja más del frío, pero la ponzoña interior que me carcome no cede ni por un instante. Clara sabría cómo salir de este lío, ella conoce las calles, las veredas, los rincones y las esquinas de cada una de estas calles; pero ha sido precisamente ella la que me ha traído hasta este sitio dejándome perdido en la tormenta; la balsa desprendida del puerto la transporta, la lleva lejos sin mí hacia un lugar que no conozco.

Amanece; la luz difusa me muestra una ciudad mojada de calles brillantes y vacías. De los balcones gotean los restos de la tor-

menta nocturna y hay sitios en donde el agua se empantana; chapoteo en el lodo, mis manos tocan una superficie fría de la que no puedo asirme mientras veo brillar las gotas que quedan en las hojas de los árboles quietos, mudos, ajenos a la angustia que provoca la balsa que se aleja con las olas.

Agotado, sin fuerzas, recalco en una puerta derruida en donde huele a orines y excrementos. No puedo llorar, sólo sollozo y balbuceo. No puedo decir ningún aserto, sólo preguntas asoman a mi boca. Babeo sobre los escalones de piedra, no tengo fuerzas ni para contener mis propias excreciones.

La balsa navega mientras tanto sin que se sepa hacia qué sitio se dirige ¿un puerto, una dársena escondida, algún golfo que se atravesase en su camino, alguna península a la que la lleven las corrientes desmadradas? ¿Duerme Clara en esa balsa, navega tranquila oteando el horizonte, se ha echado tal vez sobre su brazo y espera mientras flota a la deriva sobre ese mar que yo estoy viendo desde lejos?

-VI-

*("Soy el erizo sin caparazón, un corazón de paloma al viento en la cúspide más alta de la catedral desguarnecida, un aterro de vísceras tiradas con desaire sobre la arena hirviente de la playa.*

*Me he abierto en canal, me he inmolado para vos mil veces, he sacado el corazón palpitante ante los ojos de todos y te lo he ofrendado. Hiqué el pedernal hasta el fondo, escupí sangre, grité a los cuatro vientos desde la cúspide del altar en donde me inmolaba y siempre estuvo tu nombre en cada uno de los alaridos proferidos.*

*Con tu saliva lavé mis erosiones. Tus secreciones acuosas cerraron mis heridas. Me embarré de todas tus excrecencias amándolas como parte de tu ser completo y con ellas levanté el muro desde el cual pude atisbar, protegido, las heridas regadas por el camino que me habían llevado hasta ese lugar amurallado.*

*Pude entonces respirar tranquilo con vos cubriendo el flanco que me quedaba débil: cuidaste la puerta, la única ventana por donde entraba el sol; limpiaste y ordenaste la mesa, las sillas, los sillones que iluminaba la luz que estaba entrando y tendiste la cama, amorosa, estirando las sábanas con tus manos.*

*Yo prendí el hogar, conseguí los leños que arderían y provisioné la casa con viandas escogidas que sabía te gustaban: licores de avellanas, quesos amarillos, panes con semillas olorosas, aceitunas negras, un vino con sabor a breá que habías probado en el corazón del Mediterráneo. Sabía que estarías bien si tenías a la mano las cobijas, que tu almohada debía ser más alta que la mía.*

*Estuve alerta, pendiente de tus gestos, de la forma como veías al costado y te arropé pensando que estaba protegiendo tu entereza, que así crecías a tus anchas, que paraba el viento fuerte en que volabas. Intenté empujarte hacia adelante aunque mi horizonte*

*era sólo la muralla; vi cómo andabas, cómo se abrían tus ojos expectantes, sentí el acelere de tu pecho, el sudor de tus manos, el temblor que trasuntaban tus palabras.*

*Vi que abriste la puerta y la cruzaste, que tambaleando saliste más allá del sitio en donde estaba yo seguro y caminaste tocando las cosas que se te iban presentando. Fuiste dando pasos inciertos y pequeños, más seguros, es cierto, pero más distantes.*

*Cuando alargué la mano ya no estabas.")*

-VII-

En el atardecer Clara ha vuelto sus ojos hacia el ser sufriente. Caminó toda la tarde por el jardín de orquídeas y helechos que hace crecer en la esquina de la casa que colinda con el bosque y luego ha venido ha alimentarme con su voz gruesa sentada al lado mío.

De Clara me alimento. Sabe que el flujo de su voz me tranquiliza, que oyéndola accedo a la paz que me hace falta. Me habla de las flores que están en su apogeo ahora que es verano y llueve menos. Los helechos sin embargo, dice, resienten la falta del agua torrencial que a llega en mayo. No hay nada que sustituya la creciente humedad que llega hasta noviembre y que se instala en todos los rincones del mundo circundante. Viven bien entre el moho, entre los líquenes que se expanden sobre los troncos de los árboles en donde habitan, entre las colonias de gusanos y bacterias que se reproducen imparables en los vericuetos por donde sube el líquido transparente del que se alimentan. Es entonces cuando las largas hojas cuelgan verdes hasta el piso arrastrándose y brotando en donde dejan las semillas que desperdigan en su entorno. Bajo la lluvia se fecundan, crecen, se multiplican amándose entre el lodo y el musgo.

Las orquídeas florecen en verano. Las vulvas verdes estallan entonces en racimos coloridos con flores cuyos centros recuerdan los labios abiertos de la vulva de Clara. Tienen clítoris erectos que muestran impúdicas bajo el sol abrasador y que no guardan ni de día ni de noche. Allí se paran las abejas pequeñas, negras, que liban los zumos que liberan las flores deseosas de que alguien repare en su excitación de planta. Recorren los pequeños túmulos rojos, verdes, anaranjados y violetas que les impregnan las patas con la savia viscosa que las recubre brillante y olorosa.

Clara se solaza en pormenores de la vorágine que nos rodea en el tranquilo lugar en donde conversamos. Sus manos sudan y deja que se le pierda la vista transportada ante tanta floración enardecida. Se siente orquídea florecida -dice- perennemente ardiente bajo la luz que engeuce y confunde. Sé que en Clara se humedece la

orquídea que guarda entre sus piernas, que si se abriera acudirían presurosos los enjambres de abejas negras que zumban en el jardín de al lado y libarían de ella los zumos transparentes de los que se alimentan.

Yo también sorbo de ese líquido vital que expele de diferentes partes de su cuerpo. A veces, cuando no aguanto más la duda, me pego a sus tetas opulentas, a sus ubres rosadas y chupo el calostro que me brinda desde sus venas hinchadas. Clara inicia el ritual del amamantamiento sobando hacia abajo, en dirección del pezón agrandado, los canales por donde baja el manjar que succiono con toda la fuerza que da la desesperación del que no sabe. No me apuro, dejo que el calostro llegue hasta mi lengua y luego trago despacio en pequeños sorbos que bajan por mi garganta regando la tibieza en mis entrañas.

Soy entonces un becerro apaciguado, un cachorro que encontró el lugar en donde suceden las cosas verdaderas, el perdido que halló el manantial en el desierto. De sus senos inflamados mana la certeza, el origen de las cosas, las certidumbres ancestrales que he dejado regadas en las esquinas de la vida.

Sucumbo inexorablemente mientras chupo desesperadamente tratando de fundirme con ese lugar en donde no existen los quebrantos, donde sólo se escuchan vagidos desvaídos. Prendido como estoy no quiero más que alimentarme de la parte indiscutible de Clara, de las cosas ciertas que guarda en lo más interno de su cuerpo en donde no cabe otra cosa que la vida. Mamando toco el sitio impoluto en donde Clara no tiene ojos ni manos, en donde no tiene más que el deseo de fundirse y fecundarse para poder manar el calostro que protege del mundo sucio que me enferma. Desde ese núcleo me cuida frente a todo lo que está pasando, tiende un velo impenetrable que me aísla del calor y del frío, del viento, de la lluvia que empezará a llegar, con certeza, cuando haya pasado abril y se aproxime mayo.

Sentada junto a mí, transportada mientras me habla de sus plantas, Clara es verano e invierno, sequía y lluvia: húmeda en la en-

trepierna rosada, seca en el lado del corazón que tiene reservado a la confianza conmigo.

Le he hablado de los vientos que ella apenas ha conocido hasta ahora que ha dejado atrás su infancia. No sabe, sin embargo, de todos, aunque yo se los describa con lujo de minucias. Hay cosas que puedo contar mil veces, describir con engolosinados detalles y representar con los gestos más explícitos que han aprendido mis manos, pero ella no se dará por enterada hasta que no se encuentre su humanidad con ellas. Clara es una hija a la que no se le puede transmitir la vida; debe repetir los pasos del que le habla, del que trata de hacerle conocer a través de su experiencia; mi voz se queda corta cuando le digo cómo veo las cosas y deberá vivirlo para que diga después sí, así era, tenías razón cuando me hablabas.

Así pasa con los vientos. Le hablo de ellos en la tarde apacible en que florecen las orquídeas y ella no puede sentir el batir del chubasco sobre el rostro. Me inclino sobre el sofá desde donde hablo para mostrarle el ángulo exacto en que se doblan las palmeras; muevo los dedos de las dos manos que tengo para tratar de imitar a la arena impregnándose en la piel desnuda; aúllo frente a ella como el viento embravecido y cierro fuerte los ojos imitando el deslumbramiento ante los rayos y sólo consigo que ría del mimo pueril que he construido. Clara se divierte del viento que causa destrucción y muerte mientras yo vocifero y gesticulo incapaz de hacer nacer en ella el miedo.

En las cumbres más altas de las serranías bañadas por los dos océanos -le digo- bate un viento frío y transparente que despelleja los labios y reseca la piel desnuda sin abrigo. Se escucha como se enreda entre los pajonales que inermes le están expuestos siempre. Barre con la tierra pedregosa. *“Allí, Clara” -le digo- “tus manos blancas se helarían y dormirías arrebujando tu cuerpo al mío. No sería el miedo sino el frío el que te atraería a mí en esas circunstancias, lo que haría que estuvieras cerca, al alcance de la mano sin necesidad de tener que olfatear el horizonte por tu olor que se encuentra perdido en algún punto de la ciudad dormida.”*





-VIII-

Solo, en medio del silencio, me solazo en recordar los detalles de lo que presiento es el alejamiento de Clara. Reconstruyo los gestos, los murmullos que capto mientras duerme, los lapsus en los que incurre cuando responde a mis preguntas. Una y otra vez vuelvo a los detalles y repaso las palabras que me ha dicho, la forma en que contrajo los labios al responder a una pregunta, el temblor de la ceja cuando contaba el peregrinar que imagino inventado de la noche que termina.

Tras los gestos escuetos de Clara se esconden los deseos, las ansias no cumplidas, necesidades que van más allá de lo que puedo yo darle aunque me parta en dos y me destaque. Hay una niña en ella que se mantiene en su centro como un melocotón recién partido y desde allí parten las sendas que, a veces, se difuminan sin encontrar juntura o conclusión ninguna. Yo no puedo ser lazarillo, ni andamio, ni el hombro que porta el anda pesada que sofoca. No puedo porque no alcanzo, porque soy insuficiente para su mundo que me contiene y me supera. Con sus pechos opulentos me alimenta y me aquieta; yo, sin embargo, no tengo alimento suficiente para ella: no mano calostro ni leche. Mis efluvios se asocian solamente con la tormenta, con el coito, con las palabras acezantes que sólo se amortiguan con el sofoco del orgasmo y las crispaciones del clímax. Soy un ser que se expulsa a sí mismo a través de sus emanaciones, no soy cobijo, hogar ni recuerdo, más bien remedo la corriente que fluye sin detenerse a ver los contornos por los que fluye y que deja exangües a todos los que quieren remontarla a contrapelo de su curso. A pesar de mis deseos no he sido educado para reparar en los signos ocultos que guarda el remanso en sus entrañas; no hay remolino que me detenga ni ondas superficiales del agua que llamen mi atención siempre escurrente. Por eso no podré nunca serle suficiente como no le será suficiente jamás nadie. Mi sino me ubica sólo como parte: tengo como destino la incompletitud, la vocación del complemento, nunca la de la totalidad que sacia.

Clara husmea en derredor de ella nerviosa buscando llenar los vacíos que inexorablemente deja en ella mi presencia insuficiente; no repara en mi apremio ni en la servil forma como busco crecer más allá de la estatura natural a la que estoy condenado. No puede perder tiempo ayudándome a empujar por sobre los límites que me ha sido impuesto (por naturaleza) no traspasar en mi existencia. Excitada con el olor de los machos que la rondan abre ostensiblemente los bellos húmedos por donde aspira fuertemente el aire que llena sus pulmones ansiosos, se le dilatan las pupilas, se notan en su cuello los músculos tensos, los tendones crispados que delatan el estado general de alerta en que se encuentra.

Yo, insuficiente ante su celo de hembra adulta, muevo la cola intentando llamar la atención dispersa en el entorno en el que pululan los potenciales objetos de su deseo; esparzo olores y perfume el ambiente con aromas que sé le son agradables, queridos, evocadores: el del jazmín tal cual es en el atardecer, más allá de las cinco de la tarde; el de la menta que emanan ciertas infusiones producto de la maceración paciente de las hojas de la planta justo cuando el agua hierve en la marmita; el de cierto yeso endurecido que asocia, indefectiblemente, con las muñecas de la infancia que eran frágiles, lustrosas, de pelos duros y mejillas excesivamente sonrosadas.

Preparo también ambientes en los que dispongo las cosas, los sonidos, la iluminación como sé que a ella le place: la luz en las esquinas, trepando hacia el vértice superior para que se expanda por el techo luego de haber recorrido las dos paredes que se juntan; las cortinas cerradas evitando la entrada de la resolana tropical que ella siente como un cerco sofocante, que le hace entrecerrar los ojos, transpirar en exceso, que le abotaga los sentidos y le entorpece la respiración acelerada.

Los sonidos son centrales en la armazón que estructuro para halagarla; Clara mostró siempre especial debilidad por el mundo en el que se combinan las notas musicales; durante años almacenó ingentes cantidades de tonadas de los más variados y disímiles ritmos, voces de diferentes calidades y tersuras, siguió la trayectoria de autores y cantantes entrañables para ella. Por las tardes, talvez después

del baño o en los remansos que quedan en el espacio muerto antes de la cena, Clara se ensimisma con la música que quiere y le evoca sentimientos, lugares, situaciones que no le permiten ocuparse de otra cosa como no sea ese ensimismamiento en que se encuentra. Por eso escojo los sonidos con especial delicadeza, con cuidados especiales, y debo moverme con el tacto del que sabe que no pisa en lugar del todo asegurado; repaso los discos apilados, las cajas en donde guarda las grabaciones más preciadas y voy leyendo una a una las inscripciones que las identifican; así repaso yo también su biografía, los momentos en que escribió cada una de ellas y que yo conozco porque he estado allí siempre, al lado de ella. Y al hacerla sonar busco el volumen exacto que sé no debe ser muy alto, para que no tape la conversación de la que ella es afecta. Es así como organizo los sonidos: los de adentro regidos por sus gustos, sus recuerdos, sus deseos; los de afuera aletargados, lejanos, excluidos. Y la conversación en el centro, protagónica.

Junto los muebles, los acerco, hago que se rocen entre sí las telas y los cueros con los que se forran las esquinas duras de la madera y el hierro haciéndolos mullidos. Gusta de la proximidad de las formas que se identifican con la confianza que ella llama intimidad y le evoca ambientes en los que alcanza tranquilidad y sosiego. Deben estar tan próximos que permitan que las manos se junten, se acaricien en cualquier momento en que la conversación así lo imponga; porque la caricia es fundamental para ella; aún recuerdo sus palabras -cuando recién la conocía- remarcando la importancia que para ella tenía el contacto de las pieles próximas.

Poco antes de que llegue, cuando todo está dispuesto para ella (la luz, los sonidos, los muebles) esparzo el olor a sándalo que emanan los inciensos que he comprado especialmente para los momentos en que me despliego tratando de halagarla y atraerla. A veces también recorro a sahumeros resinosos que se asocian con ritos ancestrales que le atraen por lejanos a todo lo que siempre fue su entorno más cercano; para ello atizo el fuego de la lumbre y escojo los carbones que estén al rojo para luego verterlos sobre las resinas que arden llenando con su aroma el lugar en que nos encontraremos ambos.

Es así como como cerco los deseos de Clara, como intento atraer su atención para distraerla de los machos que la circundan y acechan. Una vez que tengo el manajo de sus deseos conmigo puedo mirar sobre sus hombros tranquilo, atisbar a través de algún resquicio de la cortina cerrada y volver para verla durmiendo en la cama que ha compartido conmigo por años.

-IX-

Recurrentemente Clara me habla de su obra. Durante años ha preparado lo que considera será la expresión de lo que siente, lo que le dará sentido último a su vida y le permitirá comunicarse ciertamente con el mundo.

Yo la he acompañado en su incesante búsqueda. He estado con ella en las playas (de arenas blancas o grises) en donde el mar arroja el detritus arrastrado por los ríos; caminando durante horas bajo el sol inclemente hemos colectado semillas, raíces lijadas por la arena, restos de madera que alguna vez fueron parte de construcciones que seguramente albergaron a los hombres que viven en los alrededores del océano; caminando por la orilla del mar, enfrentados a la brisa que empaña mis lentes de miope empedernido, conversamos sobre la mejor forma de utilizar los restos del mundo que nos vamos encontrado a nuestro paso. Clara gusta de caminar cerca del lugar en donde llega la espuma que nace de las olas que recientemente se han estrellado en la batiente; yo, por mi parte, prefiero dirigirme al lugar en donde las mareas anteriores han dejado los restos apilados; con los pies protegidos para evitar las ardeduras que podría provocar la arena casi incandescente, voy escudriñando entre los troncos, las algas secas, las plumas de pelícano, los envases opacos que otrora contuvieron pociones humectantes, líquidos edulcorados, pastas que revitalizaron la piel de alguien.

Sudoroso, veo cómo se proyecta mi sombra entre el rastro que dejan las huellas de Clara. En un intento por hacerme uno con ella camino sobre sus huellas hundiendo los pies en donde antes ha pisado. La arena de los bordes se quiebra (reseca como está, salada y blancuzca) y mis pies no caben en el cuenco que ha dejado. Como siempre, hay algo que no cuadra a pesar de los esfuerzos, de las mejores intenciones, de los más caros deseos; me canso al tratar de amoldar mis pisadas distintas sobre la costra caliente y quebradiza.

Otras veces visitamos bazares ubicados en las partes más antiguas de la ciudad. En las callejas empinadas (arboladas algunas) llenas

de hoyos en las que caen las máquinas automotrices que suben acezantes por las cuestas, nos detenemos a ver las vitrinas repletas de tiestos precolombinos, figuras talladas en maderas preciosas extraídas de los bosques devastados, collares de semillas, pequeños bolsos teñidos de morado, de naranja, de azules y rojos chillones. Clara recorre lentamente corredores de casas veraniegas de alguna oligarquía caída en desgracia y que hoy se atiborran de estanterías de madera. De cuando en cuando se detiene, se inclina, centra su atención en algo. Yo la veo de lejos (desde el inicio del corredor, por ejemplo) y la observo a hurtadillas. Sé que a Clara le incomoda sentirse observada y por eso disimulo el seguimiento escrupuloso al que la someto. Me gusta ver sus piernas gruesas, su grupa ancha, sus senos abundantes, el perfil delicado de su rostro, intuir el reflejo verdoso de sus ojos. Me place verla concentrada, como ausente, e imaginar lo que maquina cuando algo le interesa y lo toma entre las manos; es éste un ámbito en el que Clara no me es opaca: sé qué piensa, lo que aflora cuando está viendo algo, hacia dónde se van sus inquietudes. Sé, también, aunque ella no lo sepa aún (yo lo intuyo a través de pequeños gestos imperceptibles de cualquier parte del cuerpo o por el tono de algo que dice) qué hará seguidamente, qué le interesará más adelante entre los anaqueles que recorre. Puedo llegar a cerrar los ojos e imaginar lo que está haciendo y lo que dirá una vez que se me haya acercado. Me convierto así en un intérprete certero, en el faro entre la bruma, en el perfilador de inquietudes, en el señalador de posibles rumbos. Ella me escucha y asiente, se alboroz a (a veces) sintiendo que he tocado algo de lo que ella quiere pero no ha logrado definir exactamente. Se llena las manos entonces de piedras de colores transparentes, de pequeños mosaicos decorados con los más diversos arabescos, de delgadísimos hilos de cobre, de algodones trenzados, de pomos que contienen pinturas opalinas.

Es el momento de la euforia, del instante en que sale del cubil en donde se esconde permanentemente. Siempre creí que a partir de ese resquicio podría llegar a introducirme en ella, a explorarla para conocerle las esquinas que quedan siempre al amparo de mi visión de pájaro. Pero hoy sé que aún allí le soy insuficiente, que busca permanentemente otros lugares, otras estancias, otros destinatarios de esa su ansiedad creadora. Clara sabe que yo sé de sus límites, que intuyo

que las piedras de colores quedarán, al fin de cuentas, encima de la mesa de trabajo; por eso debe hablar con alguien con quien aún pueda soñar que lo planeado lo realizará algún día, que crea que su discurso vehemente concluirá en algo. Es por eso que se deja acariciar las piernas, que le tomen de las manos, la besen en la boca y le acaricien el clítoris erecto: es otra mujer la que se entrega, la que ella ha planeado ser toda la vida y que en el otro se realiza aunque sea en sueños. El otro posee a la Clara que ella quiere ser, a la que va más allá de las largas caminatas por la playa, a la que no se queda en los espaciosos corredores atiborrados de las casas de madera. Yo poseo a la mujer incompleta, instisfecha de sí misma que quisiera ser la que el otro cree que es y yo sé que aún no existe.

En medio de ese universo de pequeños artefactos habla conmigo Clara por la tarde. Ha llenado sus alforjas, los sacos destinados al traslado de las cosas, los bolsos de cuero que se hinchan como estómagos ansiosos. Se acerca la noche, la hora del encuentro con quien compartirá los sueños vedados a mis ojos. Ya no está conmigo, lo presiento, sólo piensa en aprestarse para partir de nuevo y compartir, con él, la forma como armará el mundo de retazos que hemos coleccionado. Cuando parta, cuando escuche desde la ventana cómo se aleja entre los árboles, empezará mi espera e iniciaré el ritual de siempre: la visita al reloj junto a la cama, la atención a los sonidos de la calle, los esfuerzos (siempre vanos) por frenar mi mente enardecida.



-X-

Clara es regazo materno presto a recibir los hijos. Hay en ella un manto atávico dispuesto siempre a cobijar a todo el que esté desamparado. Los desguarnecidos le atraen, los endeble, los que parecen haber perdido el rumbo, aquellos que están desorientados en el mundo. No hay nada que la deslumbre tanto como el gesto corto, dubitativo, indeciso, propio de los que no saben bien cómo obrar en ciertas circunstancias de la vida. Ante el retraimiento se rinde, siente que puede tomar de la mano al que lo sufre para indicarle ella, protectora, la forma como puede caminar con pies seguros. Crece la madre Clara ante lo que se mueve por lo bajo cerca de ella, frente a lo que quiere despegar y no lo logra, ante el esfuerzo que se queda y no se expresa. Recibe, pues, en el regazo abierto, al que hincha sus senos opulentos y les permite manar de nuevo leche alimentando una boca desdentada. Clara quiere parir constantemente, echar hijos al mundo para después guiarlos, protegerlos, llevarlos de la mano.

Van por ahí los caminos de su entrega. He conocido los sitios que frecuenta en esos trances, los machos que le atraen, la forma como hablan, el modo que tienen de sentarse, el tono de su voz, la manera de andar tarde en la noche. He visto las paredes, las sillas puestas sin concierto, los enrejados sin gusto de sus casas, los utensilios mínimos que tienen. Es allí en donde Clara se ha entregado, a donde parte por las noches que me deja, a esos sitios que cobijan desvalidos en donde ella vuelve a ser madre que acaricia, que alienta, que sostiene, en donde no le piden más que ser regazo.

Allí es desbordante, allí se abre, allí siente que es necesitada, que puede ser lo que es naturalmente sin que nadie pregunte por las cosas que colecta por el día. Deja en casa el botín guardado que se empolva, al que le crece el moho y pierde el color original que le era propio. Nadie pregunta allí por lo que hace, nadie la ayuda a recorrer

el mundo recogiendo restos de naufragios para después construir sus abalorios, sólo le piden que comprenda, que enjuague las lágrimas de pena que brotan de los ojos empañados, que escuche lo que tienen que decir sobre el dolor, la soledad, la incompreensión de todos.

Y luego reclaman el alivio, quieren ser acariciados para mitigar la pena, deciden que pueden pedirle cercanía y besos, palabras tiernas de madre que empieza a transformarse en otra cosa. Dice Clara que por eso se despoja de los velos que la cubren, que no teme dejar sobre una silla la falda, la blusa, el sostén que la entorpecen, que puede proteger mejor desnuda, hacer sentir que está con quien se siente atribulado. Pareciera que amamanta cachorros pequeñitos y así goza ofreciendo sus tetas opulentas. Ellos se prenden y succionan y se alivian así de sus pesares mientras recorren con sus manos la piel recién bañada, acicalada, suave que Clara ha preparado para ellos.

De vez en vez se desconciertan, olvidan que es la madre a quien buscaban y piden otras cosas más diversas. Confusos sobre la naturaleza de sus besos, sobre el sentido verdadero de los coitos, sobre el por qué del ofrecimiento que hace de su cuerpo, reclaman veleidades que no entran en los cálculos de ella. Entonces se vuelve taciturna; yo la veo callar y preocuparse, suspirar profundo en las mañanas, tener dificultades para conciliar el sueño. He sabido que en tales circunstancias busca con quien hablar las cosas que le pasan, alguien con quien compartir los vericuetos en que se encuentra inmersa. Conmigo se encierra en el mutismo y sólo puedo intuir qué está pasando; yo la veo entonces como torre, como bastión amurallado en que no puedo penetrar aunque lo intente. De pronto parece encontrar la luz que anda buscando; se le ilumina el rostro de repente, vuelve a ser locuaz como acostumbra y canta en el baño matutino. Parte de noche nuevamente sabiendo ya cómo encarar las circunstancias. Repartirá de nuevo besos y caricias habiendo establecido previamente cuál es el lugar en donde están los dos amantes. Es importante para Clara que todo esté nítidamente establecido: *“a vos, la porción izquierda del corazón te atañe, y el lado derecho hacia abajo, por la esquina, pertenece al otro que veo por la noche en que me marchó”*. Una vez establecido lo que ella llama los límites de todo, cuando todo está prístino en su mente (a quién quiere más y a quién un poco me-

nos), cuando clasificó al amigo, al amante y al esposo y estableció en dónde empiezan y terminan los espacios que cada uno le puede reclamar a ella, cuando todo está, pues, bien convenido, Clara vuelve a

ocupar como se debe el sitio que a cada uno le permite que le asigne: el de madre, el de amante, el de hija predilecta de las Cortes, el de aquella que empieza a descubrir el mundo y que no sabe, el de mujer dedicada solamente a las cosas del hogar y habla de niños.

Que la dejen ser madre pide Clara, que la dejen mecer a alguien en los brazos, que le permitan ser la guía, el faro, el sol que aparece entre la bruma. De sus manos brotan entonces flores, los poemas, las cartas de amor, las frutas, la música, los libros; ofrece dadivosa lo que tiene para poder ser cueva de refugio, nido tibio, ropa limpia, baño reparador, cama mullida, mesa servida al final de la mañana.

Yo no tengo más que esperar a que sus hijos crezcan para que vuelva Clara a estar conmigo. Entonces me habla de ellos con frases cortas e inconexas perdiendo la memoria de casi todo lo vivido. No recuerda bien sus manos (aun aquellas que corrieron por su cuerpo), ni sus bocas (las que lamieron sus labios por las noches), ni sus preguntas, ni su voz ni su estatura. Todo parece haber caído en el olvido, en una bruma que nada le disipa de la mente. Pero ríe Clara, ríe, y eso es lo que me importa a mí, que soy el que la espera

-XI-

Clara ve envejecer a sus padres a través de ciertas huellas evidentes: las vérices que les asoman en las piernas, las manchas de las manos, el deterioro de los dientes, las bolsas de piel bajo los ojos. Cada vez que se encuentra con ellos (hacia el fin del año o cuando el invierno es demasiado crudo en las latitudes relativamente extremas donde viven) descubre un nuevo achaque, una nueva limitación, una manía nueva o acentuada.

Sentados frente a ella, con el iris del ojo cada vez más claro, hablan juntando con los dedos las migas de pan sobre la mesa. Son más lentos ahora que hace diez años, más aún que cuando Clara me llevó con ellos hace veinte; tienen también menos encono, menos fuerza para decir qué es lo que quieren, para oponerse a lo que no les gusta y corregir lo que no corresponde enteramente a sus deseos; son más mansos ahora que ha pasado el tiempo, más llevaderos, menos irascibles frente a lo que no les satisface, más dispuestos a entender lo que posiblemente le pasa a otra gente. Clara los ve levantarse cada día más temprano, dormirse tarde por la noche, observa la forma como se acarician las junturas de los huesos y el aspecto cansado que exhiben aún siendo de mañana.

Se asusta Clara de ver la forma como suceden esas cosas. La he sorprendido varias veces mirando en el espejo el lugar en donde sus párpados hacen esquina con el pómulos; se acaricia la piel, hala y estira lentamente tratando de determinar la forma que tenía hace tres, dos o tal vez un año. En el espejo grande de la habitación, desnuda, sopesa la carne que dice que le sobra de los brazos, lo que siente que está de más en el abdomen, los hundimientos que cree que se le han hecho en la carne de sus piernas. Al abrir el armario del fondo de la casa descubro pomos, frascos de colores, jabones desconocidos que usa por lo menos una vez a la semana para tratar de detener, desviar, engañar el rumbo que lleva al reino en el que habitan ya sus padres.

A veces, por las noches, casi podría decir que cuando llueve y Clara se torna melancólica, se recuesta en el hombro que le ofrezco y divaga sobre el paso de los años, los lunares que le crecen en la espalda, el cúmulo de tiempo que dice que está llevando auestas. Yo la escucho con atención, como hago siempre, y acaricio su oreja que me quede más a mano, beso sus párpados, me entretengo en su cuello largo y suave. Le he dicho que amo sus verrugas, las estrías del vientre formadas en los partos, los pequeños pliegues que se le hacen en los ojos. Yo, que la recorro con los labios y la lengua, conozco más que ella ciertos recovecos y honduras de su cuerpo; allí, sin que lo sepa, he visto escamarse, hacerse arrugas o ablandarse algunas zonas que antes estaban como ella quisiera mantener las cosas. No cree cuando digo que me complazco lamiéndole esas partes, humectando con mi lengua espacios escondidos a sus ojos.

Clara siente que va perdiendo posibilidades en la vida, que no habrá más quien le quiera la anchura de las piernas, quien se fije en la cimbración de las caderas, en la holgura de los senos, en la línea afilada de la cara. Por eso (también por eso) quiere sentir que aún despierta el deseo en donde pasa y cede al cortejo y al asedio. Sintiéndose recorrida, explorada, surcada por otros deseos ajenos al que despierta en mí hace ya tantos años, Clara levanta un muro (pasajero) al paso de los años, engaña transitoriamente a las células que mueren en la comisura de sus labios, a sus arterias que se van cansando, a la piel que pierde humedad en los codos, las rodillas, al endurecimiento de la planta de los pies, al amarillamiento de los dientes y las uñas. Por eso ofrece los senos aún firmes a la lengua voraz de los extraños, abre sus piernas como puertas y deja que la exploren otras manos que yo he atinado a rozar sólo en saludo. Con desesperación se entrega Clara mirando sobre el hombro de su amante cómo se va acercando el año venidero. Inspirada como está, enardecida el alma en esos devaneos, vuelve a vivir la adolescencia, a sentir que le late el corazón a todo trapo y se vuelve dadivosa como nunca regalando flores, tarjetas con frases entrañables, ofreciendo cartas de amor, música, abrazos, las noches que no está conmigo porque parte.

He visto sus ojos vagar por el jardín donde se pudren los troncos de los árboles, recoger las flores marchitas que solamente ayer aún resplandecían, acariciar lentamente la piel de los sillones que se

gasta, los recubrimientos que se ensucian, las paredes que se llenan de moho en el invierno cediendo ante el avance de la humedad dejada por las lluvias. No se conforma Clara con el paso del tiempo, se rebela ante las huellas, los rastros, las marcas que deja sobre su piel, sobre la lucidez de sus ideas, contra la mella que hace en todo el mundo que nos circunda a ambos. De pronto ha descubierto a los ancianos en las calles, su paso lento, las espaldas encorvadas, las mejillas hundidas; por primera vez se ha sentido aludida por el final de la vida y ha vuelto a ver desconcertada preguntándose por lo que ha hecho, lo que aún puede hacer, buscando quien la acaricie ahora que aún siente que es tiempo. Se percibe en la frontera, empujada hacia adelante sin que quiera y duerme mal, casi no come y busca respuestas aunque las sabe de antemano por simples, por comunes, por ser lo que siempre le pasa a todo el mundo.

Soy un impotente espectador de la angustia de Clara; siento cómo se acelera el corazón bajo su pecho, veo la ansiedad con la que busca hacer lo que cree que debió haber hecho antes. La veo marcharse por las noches presta a reponer el tiempo, a sacarlo del sótano en donde está segura que lo dejó perdido. No me queda más que la espera del tiempo del sosiego... si es que llega.